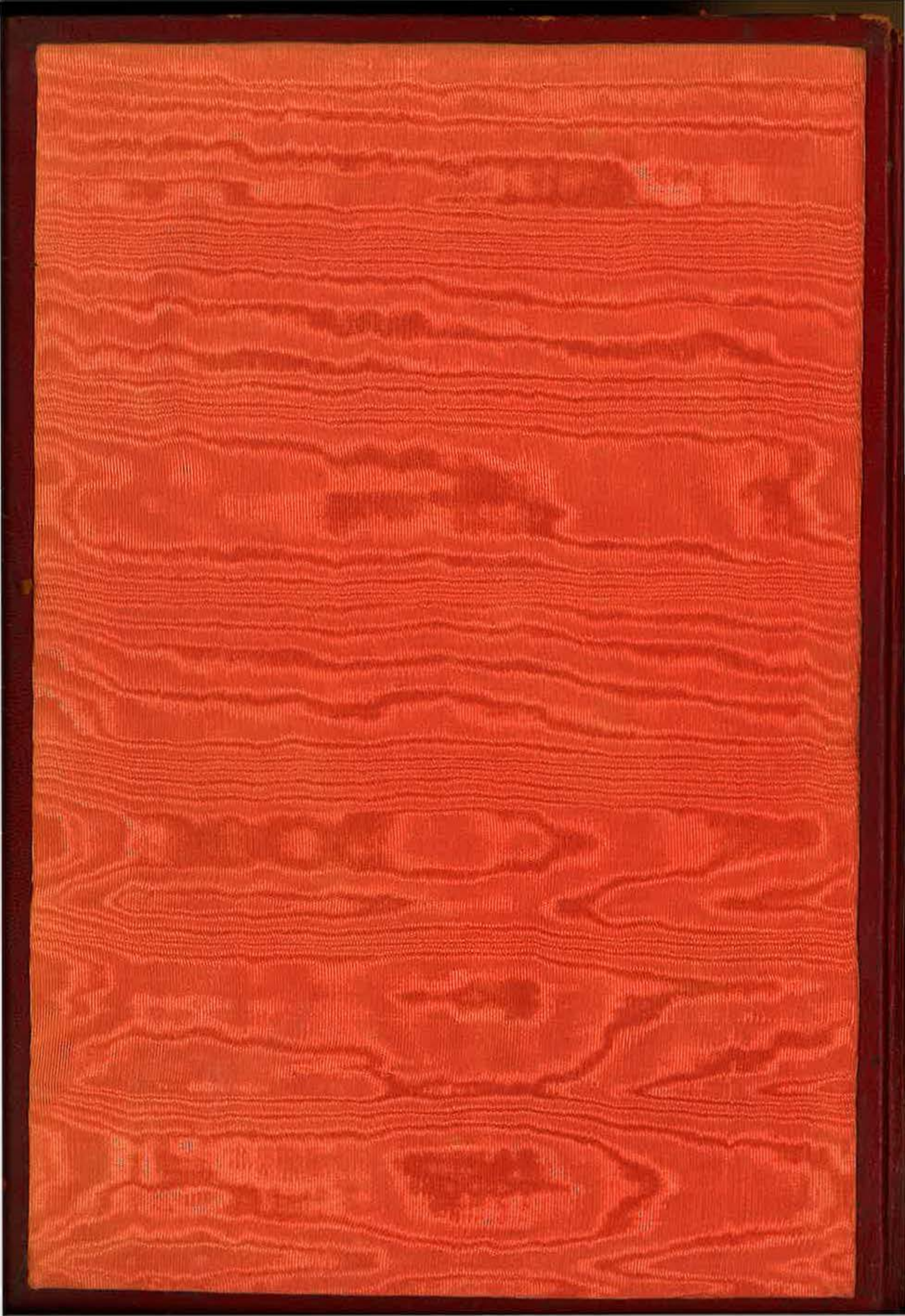
LA MONARQUIA ESPAÑOLA

UN AÑO HISTORICO







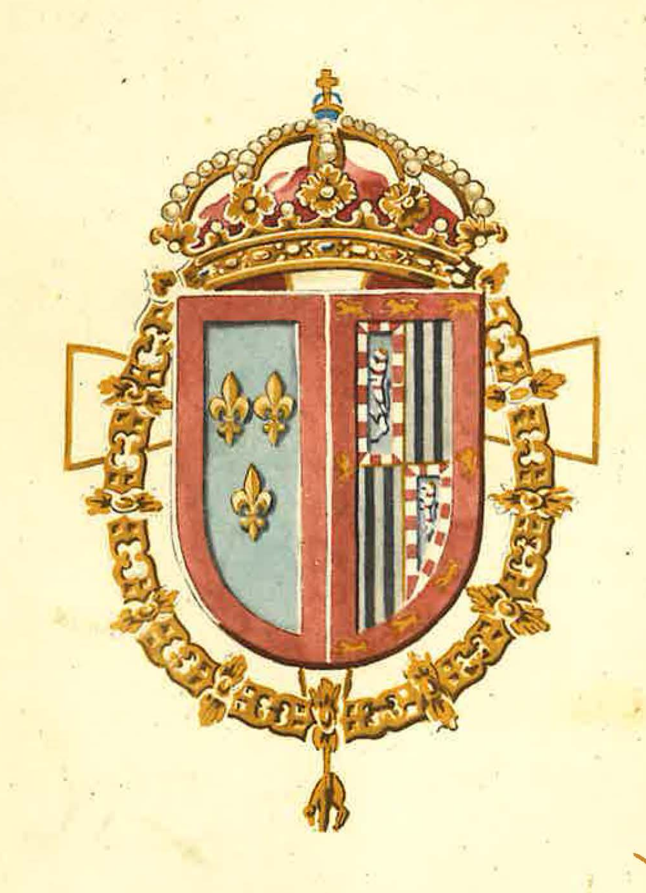
L.

VN

AFI

LA MONARQVIA ESPAÑOLA

VN AÑO HISTORICO



AFRODISIO AGVADO, S.A. - MADRID

LA MONARQUIA ESPAÑOLA

UN AÑO HISTORICO

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

UN AÑO HISTÓRICO

AFRODISIO AGUADO, S. A. - EDITORES - LIBREROS



Alfonso XIII ha renunciado a sus derechos. Aquí sonríe, franca y noblemente, al saber que nuestra guerra ha terminado y que la paz ha vuelto a España (1939)

Su Alteza Real el Conde de Barcelona dio a conocer recientemente el patriótico anhelo de que su hijo, Don Juan Carlos, recibiera una educación castrense en la Nación en que su abuelo y sus anteriores ascendientes habían reinado. Conforme con la idea, el Caudillo, que salvó a España de la ruina y que se consagra a encauzarla definitivamente por la senda de la paz —atento a quienes por su estirpe, su patriotismo y su derecho hereditario, tienen preferencia para, en su día, subir al trono—, decretó el ingreso del Príncipe en la Academia General de nuestro Ejército.

Anteriormente, con igual orientación, Su Excelencia el Jefe del Estado había sometido a aprobación de nuestras Cortes y a referendum de todos los votantes españoles, su proyecto de Ley de Sucesión; Ley que fue aclamada en dichas Cortes (el 7 de junio de 1947) y votada por numerosa mayoría (el 6 de julio siguiente), y que, por lo tanto, se halla en vigor.

Esta Ley —cuyo resultado más importante ha sido reintegrar a la Nación su condición de Reino— y la sensación causada por la Jura de Su Alteza Real, el Príncipe Juan Carlos de Borbón y de Borbón —verificada en Zaragoza, en diciembre de 1955—, son dos factores conectados con el principio monárquico, que han inducido a publicar este trabajo.

Madrid, noviembre de 1956.



Foto Kaulak (Madrid)

S. M. el Rey Don Alfonso XIII (1915)



Foto Kaulak (Madrid)

S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia (1916)

I

LA DINASTÍA

por el *Conde de Ruiseñada*

El último Monarca que reinó en España, Don Alfonso XIII, fue un gran patriota y un gran caballero. Hizo todo cuanto pudo hacer dentro de un sistema político que, tantas veces, en los países latinos, se ha mostrado ineficiente. Y última ineficiencia de ese régimen fue su propia caída como efecto de unas elecciones municipales en que triunfaron 65.000 concejales monárquicos frente a 15.000 republicanos.

El Rey se retiró de España; y aquélla fue una fecha limpia de sangre, no por el primer acierto de una República, sino por la última generosidad de un Monarca.

Después de un breve espacio de tiempo pasado en Fontainebleau, Don Alfonso XIII fijó su residencia en el Gran Hotel de Roma, donde vivía modestamente con Doña Victoria Eugenia,

y a donde acudieron, durante años, miles de españoles, representativos de muchos más que no podían afrontar los gastos y dificultades de aquel viaje, al que invitaba, como desahogo, protesta o esperanza, la general decepción que produjo en el país la Segunda República.

En dicho Gran Hotel tuvo lugar el acto de renuncia a sus derechos del Infante Don Jaime, y años después, fallecidos el Príncipe de Asturias y el Infante Don Gonzalo, se celebró la boda del Infante Don Juan de Borbón y Battenberg con la Princesa doña María de las Mercedes de Borbón y de Orleans. A esa boda acudieron muchos compatriotas, que, en medio de tantas vicisitudes, veían al fin, en la nueva pareja, llena de juventud y simpatía, una esperanza para la continuidad dinástica y la salvación de una Patria que por momentos se descomponía.

Había llegado la República a su natural fin y desenlace —una guerra entre españoles— y se había consumado la victoria del bando nacional, cuando Don Alfonso de Borbón y de Habsburgo falleció en Roma, el 28 de Febrero de 1941, víctima de una enfermedad cardíaca visiblemente contraída por tantos sufrimientos. Murió bajo el manto de la Virgen del Pilar, expresamente traído desde Zaragoza, y sus últimos momentos conmovieron a cuantos le rodeaban, por lo que revelaron de firmísima fe, de valiente resignación y de patriótica inquietud. En España, al conocerse la noticia, al luto decretado por el Gobierno se adelantó un espontáneo y unánime sentimiento popular que vistió los balcones de las calles más humildes con improvisadas colgaduras.

A partir de ese momento, el Infante Don Juan de Borbón y Battenberg, Conde de Barcelona, asume los derechos hereditarios a la Corona de España; y, desde Lausanne, primero, y luego desde Estoril, sigue las vicisitudes de aquel inquieto



Foto Campúa (Madrid)

Los Condes de Barcelona en Villa Giralda (1954)

período con el entrañable interés que engendra siempre la continuidad dinástica en el personaje sobre el cual gravita. Ya durante la Guerra de Liberación, Don Juan, Infante todavía, intentó dos veces participar en las operaciones militares: la primera, entrando anónimamente en España para unirse a las tropas de Somosierra, y la segunda, solicitando ser admitido en el crucero "Baleares", con el empleo mínimo de alférez de fragata, para el que había iniciado en San Fernando (Cádiz) una eficaz carrera de varios años, que, caída ya la Monarquía, termina en Inglaterra. Pero, en uno y en otro caso, su anhelo entusiasta no pudo realizarse por la intervención del Generalísimo de los Ejércitos Nacionales, Don Francisco Franco, preocupado por defender una vida que, por los derechos que en ella recaían, podía ser preciosa para los destinos nacionales.

Desde entonces, Don Juan de Borbón, heredero de la Corona de España, ha seguido, con esa paciencia nunca alterada que es el paso de los Reyes, las vicisitudes de la vida pública española. Estuvo casi solo en el destierro. Circunstancias accidentales de materiales posibilidades tamizaban, más que ninguna metódica selección, la llegada hasta él de los que podían aconsejarle o informarle sobre la vida española. Además, como los principios del Movimiento no se desviaban esencialmente de las aspiraciones tradicionales de la Monarquía española, sucedió que el Jefe del Estado tenía a su vera a casi todos los monárquicos, sujetos, por este hecho, a dos lealtades en modo alguno incompatibles, pero atados a un deber que —acuciante por circunstancias de misión, de lugar y de tiempo— impidió a muchos leales partidarios hallarse al lado de Don Juan en las horas difíciles en que el asesoramiento, la información y el consejo hubieran podido ser más útiles.

Para que nada faltara, la situación de España se complicó por una guerra mundial, cuyas inciertas consecuencias presio-

naron, durante años, toda postura humana. Fuera del país, era difícil darse cuenta de nuestra capacidad de resistencia. La ofensiva democrática de Europa tenía un cariz definitivo; y, a consecuencia de esto, el ambiente de victoria pudo —aun patrióticamente— desconcertar a todos.

Mas ahora, sobre toda crítica malsana y todo virtuosismo exagerado, impropios del momento en que vivimos, se sobrepone el hecho, sencillo y claro, de que España dispone en las personas de Don Juan y Don Juan Carlos de Borbón, de los nobles, inteligentes e inmediatos herederos de su último Rey.

Llegado el momento, y como consecuencia de la entrevista con S. E. el Jefe del Estado, celebrada en Las Cabezas, el día 29 de diciembre de 1954, el Conde de Barcelona ha mandado su hijo a España a completar su educación religiosa y política y a desarrollar su educación castrense. Y, desde lejos, sigue atento las lecciones que el Príncipe Juan Carlos ha recibido en el Colegio preparatorio de Nuestra Señora del Carmen (de la Marina de Guerra española); las conferencias dadas por diversos personajes y catedráticos de la Universidad de Madrid; los exámenes de ingreso en la Academia General de Zaragoza; los estudios realizados en este centro, y, en fin, el acto de la jura de su hijo y heredero, llevado a cabo el 15 de diciembre de 1955.



Don Juan de Borbón y Battenberg en su despacho (Estoril, 1955)

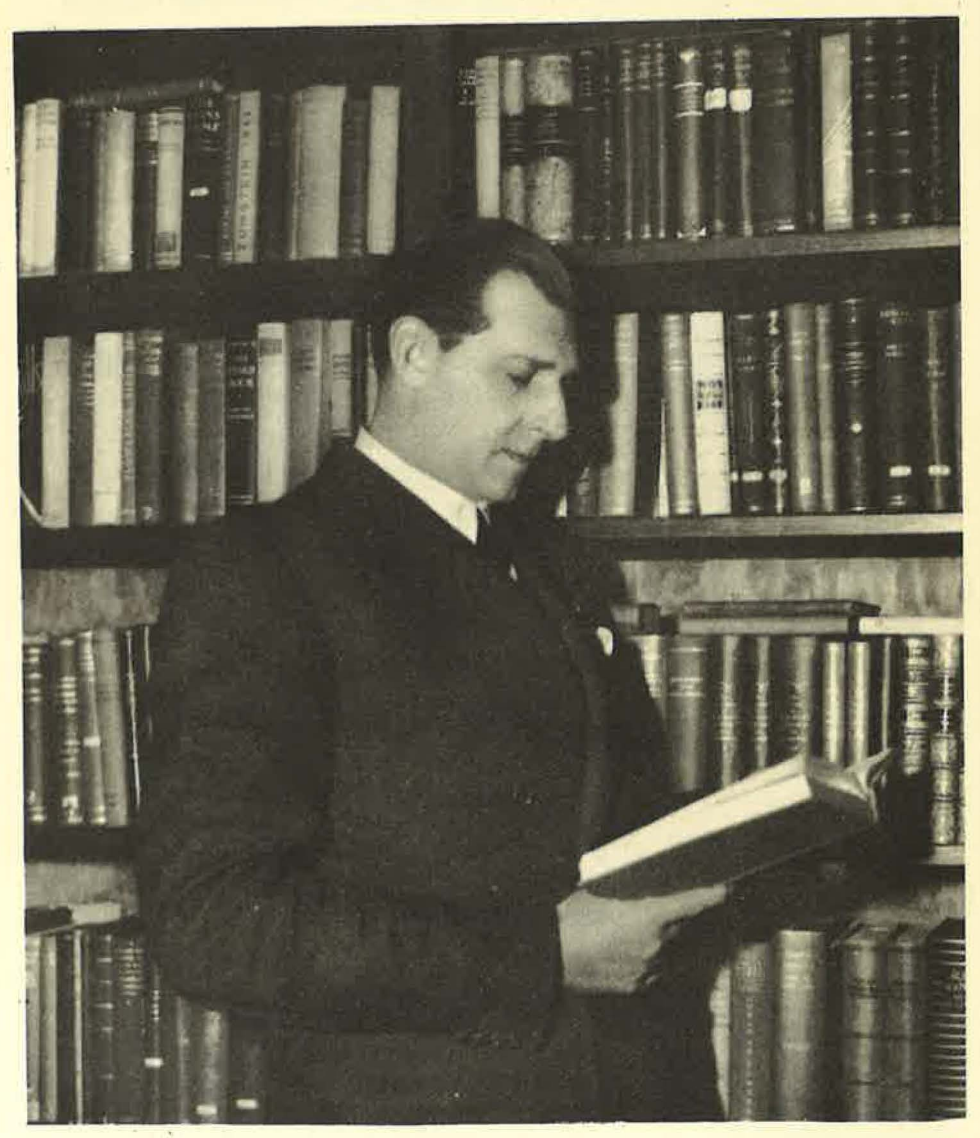


Foto Campúa (Madrid)



Foto Aygués (San Sebastián)

Don Juan saluda a un grupo de españoles que le ovacionan (Estoril, 1954)

II

VIDA NUEVA

por *José A. Giménez Arnau*

DESDE que un comunicado oficial ratificó en los últimos días de 1954 el noble propósito del Generalísimo Franco, pendiente no sólo del hoy sino del mañana, preocupado de asegurar la victoria y la paz cuando los años hagan imposible su presencia en el timón de la gobernación del Estado; desde que se supo que a la eficacia y virtualidad del Régimen alumbrado con la Cruzada vendría a unirse la fuerza de continuidad que entraña la Monarquía, se despertó en todos los españoles un profundo interés —emocionado en muchos, polémico en otros, siempre apasionado— por la figura del adolescente al que el futuro pudiera deparar graves tareas políticas.

¿Quién es Don Juan Carlos de Borbón? ¿Cómo es? ¿Dónde y cómo vive? ¿Qué piensa? Esa y otras mil preguntas se for-

mularon y formulan muchos españoles. Por una serie de circunstancias estoy en posición de aportar algunas respuestas que no me considero con derecho a guardar avaramente. Porque, tanto como a mí, pertenecen a los emocionados y a los polémicos; a los esperanzados y a los escépticos; a todos los españoles en suma.

El escenario y los personajes

Vive el Príncipe en el Palacio de Montellano, en «casa de Montellano», como dicen los madrileños habituados a este caserón que rodean Fortuny, Cisne y la Castellana. Casa muy vivida, elegante y cómoda, grita con rapidez dos cosas al que llega: la afición cinegética de los dueños y su buen gusto. De las paredes cuelgan, junto a cuernas de venado coleccionadas en toda la geografía europea, lienzos con nombres tan familiarmente ilustres como el de Goya. En lo que un día debió ser despacho y hoy es comedor, está ese prodigioso cuadro que es el retrato del actual duque de Montellano por Zuloaga.

Cuando llego, el Príncipe estudia —coincidencia nada difícil según luego se verá— en una jornada llena de horas dedicadas a la pizarra y los libros. Tengo tiempo para entretenerme con el general Martínez de Campos (duque de la Torre) y con el capellán y los profesores del Príncipe. El Duque es principal personaje de este capítulo que se está empezando a escribir. Tiene la representación del padre, Conde de Barcelona, y es para el joven príncipe, tutor, consejero y experimentado guía en esta primera salida de Don Juan Carlos por la vida española.

Junto con él, encuentro en los alrededores morales del Príncipe el hábito blanco de un dominico, a quien antes tropecé en Buenos Aires y Dublín, siempre con su aire optimista y su

exuberancia cordial. Se trata del Padre José Manuel Aguilar.

No necesita tampoco de introducción Angel López-Amo, catedrático, ensayista, premio nacional de Literatura y pedagogo de Don Juan Carlos desde su llegada a San Sebastián para estudiar el Bachillerato.

Los profesores militares representan la totalidad de nuestras fuerzas armadas. Está Alvaro Fontanals, capitán de corbeta, que inició sus oposiciones a ingreso en la Armada en 1936, y sólo pudo terminarlas después de la guerra en 1949; está Emilio García Conde, con su laureada colectiva y su campaña aérea en los bombarderos mandados por el general Gallarza; está el Marqués de Mondéjar, comandante de Caballería, Medalla Militar de la batalla del Ebro; está Alfonso Armada, comandante de Artillería y diplomado de Estado Mayor, veterano de nuestra guerra y de la de Rusia; está, en fin, Joaquín Valenzuela, comandante de Infantería, legionario y primer marqués de Valenzuela de Tahuarda, nombre este último de la peña africana en que su padre, el teniente coronel Rafael Valenzuela, dejó su vida y una vacante en la jefatura del Tercio extranjero que había de recaer en un soldado de prodigiosas dotes que venía de Galicia y se llamaba Francisco Franco.

Estas gentes, representantes del honor y las virtudes castrenses, son los personajes que rodean al Príncipe Don Juan Carlos en la etapa preparatoria para el ingreso en la Academia General Militar, a la que seguirán otras con objetivos y profesores que hagan la educación del Príncipe todo lo perfecta que sea posible.

El Angel de la Guarda

—No me gusta acortarle los estudios— oigo al duque de la Torre que parece haber encontrado solución que no quebrante la disciplina—. Pero se me ocurre que, mientras llega la hora, podíamos ver el dormitorio de Don Juan Carlos.

Es un cuarto soleado que se asoma a la Castellana, en el que veo una cama sobria de madera entre dos mesillas, un armario empotrado que ocupa una de las paredes y una mesa con un cenicero y —¿para qué?— una hucha de barro. Aun hay una cómoda con fotografías dedicadas a la duquesa de Montellano, mezcladas con otras recientes que Don Juan Carlos recibiera de su familia en Estoril.

Voy a la mesilla de la izquierda y en un portarretratos de cuero identifico sus cuatro imágenes. Son el Angel de la Guarda, San José, la Milagrosa y el Sagrado Corazón. Hay también un Cristo —luego me dirá que lo tiene desde que nació— en una de esas capillas que al abrirse se convierte en tríptico, y una Virgen de Fátima fosforescente.

Frente a la cama, por la derecha, hay una repisa con fotografías familiares. A través de ellas, historias que dejan de ser regias para ser sólo humanas. Dedicatorias como las que yo, usted, cualquiera podría escribir a un hijo que desde muy niño hubiera tenido que estar lejos de sus padres: "Con el constante recuerdo y cariño de tu..."

El intérprete

—Es hora. Podemos entrar.

Segundos más tarde estoy ante él. El es Don Juan Carlos Víctor María de Borbón, un adolescente rubio con uniforme



Foto Cifra (Madrid)

Alumno del Colegio de Huérfanos de la Marina —de Nuestra Señora del Carmen— el Príncipe de Asturias prepara sus lecciones (1955)

del colegio preparatorio de la Armada y diecisiete años flamantes que le pasean por los ojos alegres, limpios, confiados. Un fuerte apretón de manos no consigue frenar mi pregunta. ¿Dónde lo vi antes? En mil fotografías —me respondo—. Pero no. No es relación de fotografías la que yo busco. Es otra más profunda, más íntima. En fin, ya saldrá.

Está de pie junto a una mesa en que aún permanece abierto el libro de matemáticas lleno de esos signos misteriosos que

son las raíces y las incógnitas, las equis y las alfas. Tiene un metro ochenta y tres, pero aún parece más alto, pues es delgado y su pelo rizado empuja hacia el techo la silueta.

Mientras le tiran unas fotografías, me vienen a la cabeza los versos del poeta

tan joven, tan rubio;
bueno sin esfuerzo, grande sin enemigo.

La habitación de estudio recuerda que fue antes saloncillo y que no renuncia a ello. Un día esa pizarra, esos libros, esa esfera terrestre dejarán el paso a bibelots y muebles que tuvieron temporalmente que emigrar.

Cojo un libro. Voy a abrirlo cuando la voz aguda de Don Juan Carlos se me adelanta.

—Es "Jeromín", del Padre Coloma. ¿Lo conoce?

—Sí, Alteza. Lo hicieron en cine también. Era una buena película española, ¿no la vio?

—No me dejan ir al cine nunca. Aquí, ya lo ve, todo acaba en matemáticas.

El Duque de la Torre me sonríe con aire cómplice, pues precisamente al día siguiente el Príncipe —que aún lo ignora— está invitado a ver "Marcelino, pan y vino", la gran película sobre el cuento de Sánchez Silva, que tan profunda impresión habrá de causar a un muchacho que también está muy lejos de su madre.

Vuelvo a los libros y los curioseo, pensando siempre dónde encontré antes esa cara. Entre ellos veo a Tirso y a Calderón, junto al «Quijote»; la «Defensa de la Hispanidad», de Maeztu, y «El Estado Nuevo», de Victor Pradera; un par de Episodios Nacionales de don Benito Pérez Galdós, y las «Vidas Paralelas», de Plutarco. Veo, por supuesto, las recientes obras sobre el abuelo —Don Alfonso XIII—, y veo libros ingleses y franceses.

Veo, en fin, a la derecha, en otro estante lateral, «El discurso a las juventudes de España», de Ledesma Ramos, y—entrañable y conmovedora siempre su memoria—la palabra de José Antonio recogida en las «Obras Completas».

Tiran una fotografía sobre el fondo de la pizarra llena con una fórmula que me parece reconocer como la del interés matemático, y el Príncipe me descubre espiando en su biblioteca.

—Ahora les toca a los libros, ¿eh? Ya sé que anduvo revolviendo en mi habitación — dice riendo.

—Sí. Por cierto, Alteza, que vi a la Virgen de Fátima. En cambio, y soy aragonés, no vi la del Pilar.

—Mire.

Su mano delgada lleva mis ojos al centro de la habitación, y allí, presidiendo sus estudios, está la Virgen de mi adolescencia. ¡Tuve una gran ocasión de haberme callado!

Una jornada

—Alteza, ¿es verdad que le hacen trabajar mucho?

—Desde las ocho menos cuarto de la mañana hasta las nueve de la noche — me contesta el marqués de Mondéjar.

—¿Cómo se distribuyen esas trece horas y cuarto?

—De las siete cuarenta y cinco a las nueve y cuarto el tiempo se reparte entre capilla, el desayuno, la Historia y la Geografía. A las nueve y cuarto va al Colegio preparatorio de la Armada, donde durante tres horas estudia matemáticas y da clase de gimnasia. De vuelta en casa, y antes de comer, hay una hora de estudio vigilado de Matemáticas. De una y media a dos y media, comida y sobremesa. A las dos y media va al Club de Campo, donde monta a caballo o tira unos tiros para estar de vuelta a las cinco. De cinco a seis, otra vez Matemáti-

cas. Una hora para merendar, y de siete a nueve clase y estudio de Matemáticas. A las nueve y media cena y a las diez y media está en la cama.

—No está mal — comento yo.

—Pues aún habrá a quien le parezca poco — comenta resignadamente el Príncipe

EL CABALLERO Y LA PÓLVORA

Durante la comida que tuve el honor de compartir con Su Alteza, con el duque de Montellano — invitado en su propia casa – y el de la Torre, además del capellán y los profesores, Don Juan Carlos, rota la timidez, esa célebre timidez del adolescente, habla con entusiasmo de sus dos grandes pasiones deportivas: el caballo y la caza.

Pregunto a Mondéjar qué tal monta y me contesta que será excelente jinete. Alguien habla de un caballo que es muy bueno, y el Príncipe dice que a condición de que le cambien el nombre.

—¿Pues?— pregunto sin entender una jota.

—¡Hombre! Es que me tocan unos caballos con unos nombres que se las traen. Fíjese. Ese de que hablan es «Sobaco». El otro «Cochinilla».

Reímos de la fatalidad patronímica de los caballos del Príncipe y, de pronto, ahora, viéndole de nuevo, recuerdo dónde lo encontré antes. Este pelo rizado, este perfil es el del Alfonso XIII de aquellas monedas de dos pesetas —«pesetones» las llamábamos los felices poseedores— que circulaban cuando yo tenía la edad que cuenta ahora el nieto de quien daba su efigie a la plata circulante.



Foto Cowles Magazines (Look)

En el Club de Campo, una hora de equitación entre clase y clase (1955)



En la Sierra, con algunos compañeros, el Príncipe toma parte en competiciones deportivas (1955)

Foto A. Gómez (Madrid)

En el Castillo de la Mota, muchachas de Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O.N. rodean al Príncipe, al término de su vis
(Medina del Campo, 1955)

Foto Carvajal (Vallado

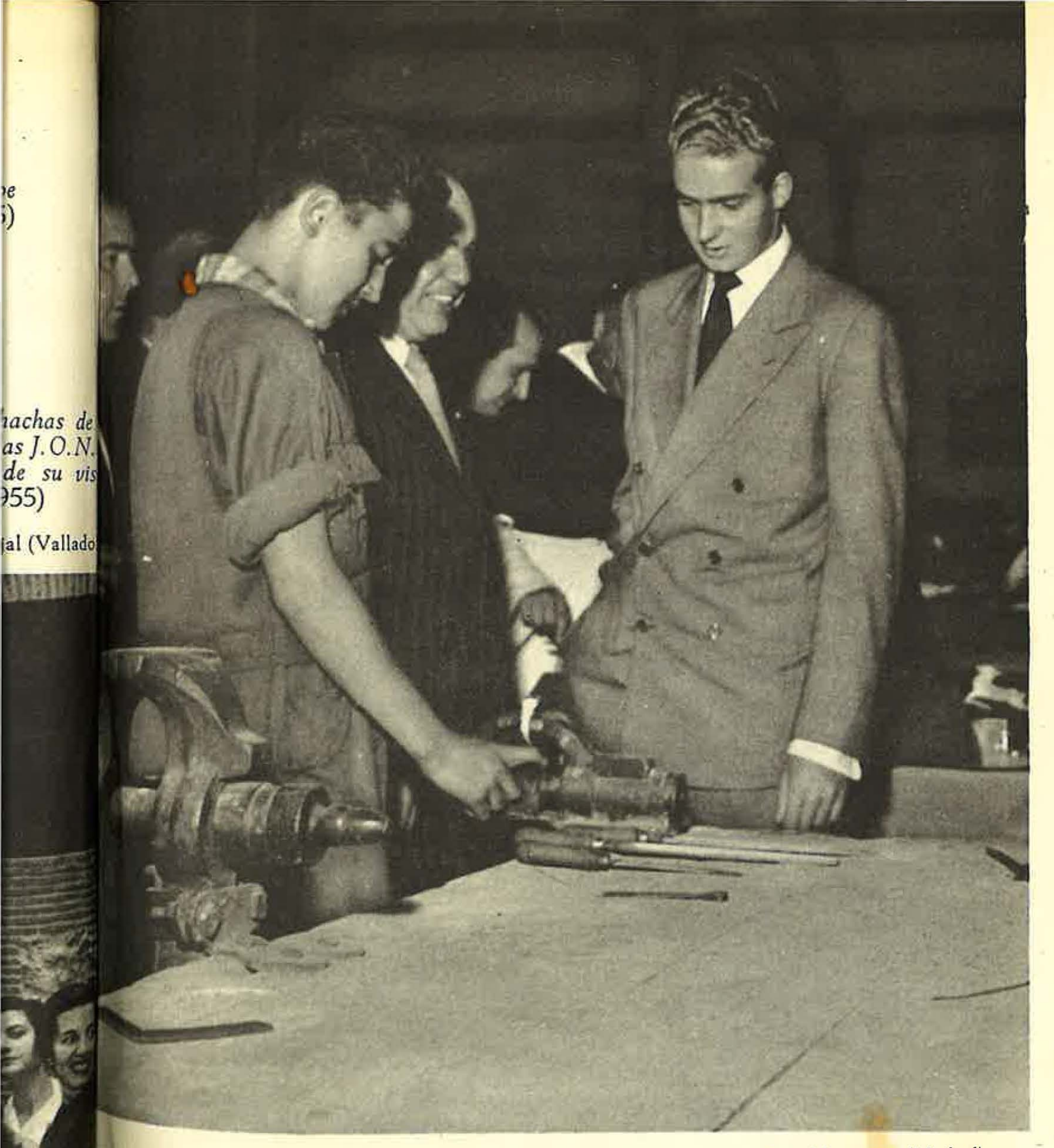


Foto Mamegam (Madrid)

El Príncipe de Asturias durante su visita a la Institución «Virgen de la Paloma» de la Obra Sindical (1955)

Como tirador también tiene excelentes condiciones, me dicen. El duque de Montellano aconseja paciencia, pues en el tiro influye mucho el número de cartuchos disparados. Se habla de tiradores, y Mondéjar cita entre las primeras escopetas españolas la del Jefe del Estado.

La juventud vista por un adolescente

Mientras tomamos café, completo datos. Nacido en Roma el 5 de enero de 1938.

"Me bautizó el hoy Papa. Me bautizó alguien que pronto será santo."

Lo ha dicho con seriedad y convicción. Los que le rodean asienten, enumerando las virtudes del Pontífice, persona —afirma Don Juan Carlos— cuya proximidad le produjo a él, cuando lo vio recientemente, una emoción que apenas le permitió decir palabra.

Hay que aprovechar el día maravilloso y la sobremesa no se prolonga demasiado. Acompaño al Príncipe al Club de Campo, y en el coche le tengo libre, sin posibles vigilancias de sus profesores. Empiezo preguntándole por la soledad, por esa lejanía de la familia que a esas edades debe acongojar tanto.

—Si no resignado, estoy por lo menos acostumbrado. ¡Figúrese! A los seis años pasé dos ya separado de mis padres. Eran los primeros tiempos de Estoril. No había otro remedio.

—¿Y en San Sebastián, cuánto estuvo?

—Pasé cuatro cursos. No es agradable estar lejos de ellos. Pero —sonríe rompiendo el gesto triste de un segundo antes— estar en España lo compensa todo.

—Pues algunos —advierto lealmente— creen que su oficio es cómodo.

Me mira como dudando si contestar. Luego, ganado acaso por la sinceridad de mi afirmación, la acompaña.

—Ya sé que hay quienes lo piensan. Pero los chicos de mi edad me entenderán seguramente.

¡Los chicos de su edad! Es doloroso, pero hay que hacer un esfuerzo para meterse en situación. Hay que cerrar los ojos para verse otra vez en los lejanos diecisiete años del Príncipe. Menos mal que la memoria funciona puntualmente y podemos apoyarnos en nuestros recuerdos.

—La juventud ya se enfrentó con el problema. Era hace años. El padre de Vuestra Alteza tenía poco más o menos la misma edad que Vuestra Alteza tiene ahora.

—¿Y qué ocurrió?

—Era el 11 de abril de 1931. Entre los guardiamarinas de San Fernando, compañeros del hoy Conde de Barcelona, había de todo: monárquicos y republicanos. Aquellas vísperas electorales crearon un clima nuevo y agrio en la Escuela Naval. Así se vivieron cuarenta y ocho horas. Porque el día 13 ya manifestaciones vitoreaban la República y querían desde San Fernando y Cádiz ir a la Escuela Naval donde vivía el hijo de Don Alfonso XIII. El director de la Escuela convoco a los guardiamarinas y les dio un fusil. Luego les dijo pocas palabras. Les dijo que había un hombre joven bajo su custodia y que al honor de todos encomendaba su defensa. Bueno, pues allí se acabó la escisión. De haberse acercado alguien a ofender o maltratar a Don Juan, cualquier fusil, disparado quizá por un joven que se pensaba republicano, hubiera zanjado definitivamente la cuestión.

Me arrepiento de mi discurso, aunque los ojos casi húmedos de Don Juan Carlos no me lo reprochan.

—Sí—insiste—, la juventud entiende.

Nos hemos metido ya en la Universitaria. De lejos se vis-



Foto Cowles Magazines (Look)

En Puerta de Hierro, el Príncipe, sigue las incidencias de una partida de polo (1955)

lumbra el caballo de la casa de Velázquez, último recuerdo de la guerra que convirtió las aulas en trincheras y las trincheras en aulas.

—Aquí, Alteza, los estudiantes probaron junto a hombres hechos y derechos que ellos entienden; que su intuición y su generosidad acaban por llevarles donde deben ir. Probaron esto con su propia sangre.

El Príncipe recorre con sus ojos juveniles el paisaje velazqueño.

—A Dios gracias—añado—, esa sangre no fue estéril.

—No, no fue estéril—responde—. ¡Ojalá yo pudiese ayudar a que no lo fuese nunca!

Sus palabras me suenan bien. Me recuerdan aquellas de José Antonio ante la tumba de Matías Montero, el estudiante generoso e intuitivo caído hace más de veinte años.

Ya no hablamos más. Hemos llegado al Club de Campo, y el Príncipe empieza a tirar. La pólvora, de cuando en cuando, trata inútilmente de asustar a estos árboles que están curados de todo espanto.

Yo pienso en el verso de antes y lo convierto en profecía:

bueno sin esfuerzo, grande sin enemigo.



NOTA: Este artículo fue publicado en Abril de 1955, en la revista «Semana» (de Madrid), y en los diarios «Ya» y «ABC» (de Madrid), el «Diario de Barcelona» y «La Vanguardia» (de Barcelona), «Gaceta del Norte» (de Bilbao), «ABC» (de Sevilla), «Heraldo de Aragón» (de Zaragoza), y varios otros.

III

DON JUAN CARLOS JURA LA BANDERA

por *Ignacio Agustí*

EN el Patio de Armas de la Academia General Militar de Zaragoza —un amplio cuadrángulo, un espacio de aire contenido entre los torreones y las lineales cornisas de ladrillo, sobre la colina de San Gregorio—, en la mañana del 15 de diciembre se hallaban formados, de cara y a ambos lados del altar, más de un millar de hombres: tres compañías, en línea de a tres, con los caballeros cadetes del segundo curso de la Academia; otras tres compañías formadas del mismo modo con los caballeros cadetes del primer curso que iban a jurar la Bandera, y las compañías integradas por los caballeros cadetes que iban a recibir sus despachos de teniente. Todavía sonaban en nuestro ánimo los acordes del " Largo" de Haendel, que la Banda de Música de la Academia había tocado durante la misa

que acabábamos de oir. Todos los que, desde ventanas y balcones, asistíamos en este instante al acto, éramos el alma expectante de un silencio sólo rasgado por el redoble vivo, alegre, enardecedor de un tambor lejano. El cuadro de la agrupación era perfecto, y la masa compacta que formaban las compañías era como un relieve de piedra o de bronce sobre el gris de las losas del patio.

La misa de campaña acababa de terminar. Se destacó del altar el abanderado y avanzó solemnemente hacia el centro del Patio. A su lado, el Teniente Coronel Mayor leyó la fórmula del juramento. Y de pronto, como una sola voz, la afirmación vehemente, potente, silábica, vibró de un golpe en el aire: "Sí, juramos". Eran cerca de doscientas ochenta voces en una sola, tan fundidas y apretadas que sólo una convicción común las hacía surgir a la vez; eran un solo corazón y una sola garganta las que pronunciaron, latieron y afirmaron en aquel momento. Y después, con la misma cohesión, se escuchó la suprema afirmación esperanzada y vigorosa: "¡Viva España!".

Nunca olvidaremos el instante siguiente. A una voz de mando, el conjunto estático de los cadetes se transformó en algo prodigiosamente vivo. A esa voz de mando, en un momento determinado, se destacó el primer cadete de la formación. Avanzó, dio vuelta, festoneó con su paso marcial los términos del Patio, se desvió hacia la tribuna y fue marchando hacia el altar. Tras de él se había desplazado el segundo cadete; y luego, a la distancia medida de unos pasos, uno por uno, todos los demás se fueron desglosando de su lugar de formación en continuada y rítmica ringlera. La formación se fue individualizando a lo largo y a lo ancho del Patio, en un zig-zag geométrico que iba del centro a los muros, de los muros a la tribuna, de ésta hasta el altar. En proporcionada distancia, caballero tras otro, la hilera de los que acababan de pronunciar



Foto Cifra (Madrid)

Academia General Militar de Zaragoza.—El Príncipe de Asturias guarda la entrada principal (1956)

el juramento alcanzó el lugar donde esperaba la bandera para ser besada. Se fue desgranando sucesivamente sobre el Patio de Armas un rosario de doscientas ochenta cuentas, con un paso vivaz, rítmico y erguido, el arma en la mano y un imperceptible rubor de emoción en la tez juvenil de cada uno. Y así, uno tras otro, besaron la bandera española.

No olvidaremos nunca, decimos, el instante en que, saliendo de su formación, se destacó abriendo la marcha, el primero de los cadetes. Su nombre, todos lo sabíamos, era Juan Carlos de Borbón. Avanzaba con paso firme, sin que apenas se notara sobre su marcial figura el reflejo de la atención que su paso despertaba. Tal era, creemos, la fuerza de la propia emoción que apenas podía la de los demás hacer mella en su actitud. Don Juan Carlos caminaba erguido, tenso, magnífico y natural en su porte juvenil y lleno de la gravedad de la ceremonia. Pero no eran su nombre ni su actitud lo que importaba más en aquellos momentos.

Antes que él habían pasado por aquel instante emotivo en la Academia General Militar cerca de cinco millares de jóvenes españoles. Nosotros, simples espectadores, que habíamos podido comprobar unos días antes, en una visita a la Academia, el tipo de disciplinas y de ideales que erguía y ensanchaba aquellos pechos juveniles, pensábamos en aquel momento no sólo en el sentido que tenía para España el histórico nombre del cadete que encabezaba la fila de los que iban a besar la bandera; pensábamos igualmente en el sentido anónimo, lleno de honor, de su número de filiación, de este 4565 por el que Don Juan Carlos de Borbón se hacía carne viva de la juventud española de su tiempo, se fundía en sus mismos trabajos y compartía sus mismas y más gloriosas esperanzas.

EDUCACIÓN DE HIDALGOS

"El hidalgo de nuestros siglos XVI y XVII —decía Ramiro de Maeztu en 1931— recibía en su niñez, adolescencia y juventud una educación tan dura, disciplinada y espinosa que el pueblo reconocía de buena gana su superioridad. Todavía en tiempos de Felipe IV y Carlos II sabía manejar con igual elegancia las armas y el latín. Hubo un tiempo en que parecía que todos los hidalgos de España eran al mismo tiempo poetas y soldados. Pero cuando la crianza de los ricos —añadía Don Ramiro— se hizo cómoda y suave, y al espíritu de servicio sucedió el de privilegio, que convirtió la Monarquía Católica en territorial, y los caballeros cristianos en señores, primero, y en señoritos luego, no es extraño que el pueblo perdiera a sus patricios el debido respeto. ¿Qué ácido corroyó las virtudes antiguas?" —se preguntaba desconsoladamente el gran escritor.

La pléyade de cadetes que, uno por uno, besaron la bandera en la mañana del 15 de diciembre, constituye en su conjunto la XIV promoción de la tercera etapa de la Academia General Militar. Una población académica total de cerca de mil doscientos muchachos puebla las largas salas, las aulas innumerables, las vastas dependencias de esta Academia cuyas naves, en simétrica distribución, sobre la áspera y parda planicie aragonesa, sugieren con acierto completo el móvil a que están destinadas y para el cual fueron edificadas. Es una arquitectura a la vez leve y severa, que sintetiza ante los ojos del que la contempla su doble condición de Centro académico y de sólida fortaleza.

Con el temple que echaba de menos Don Ramiro de Maeztu en la educación de los hidalgos y en las normas de disciplina que excluyen todo abandono, reciben en ella los jóvenes cadetes la instrucción que habrá de hacerlos dignos para siempre,

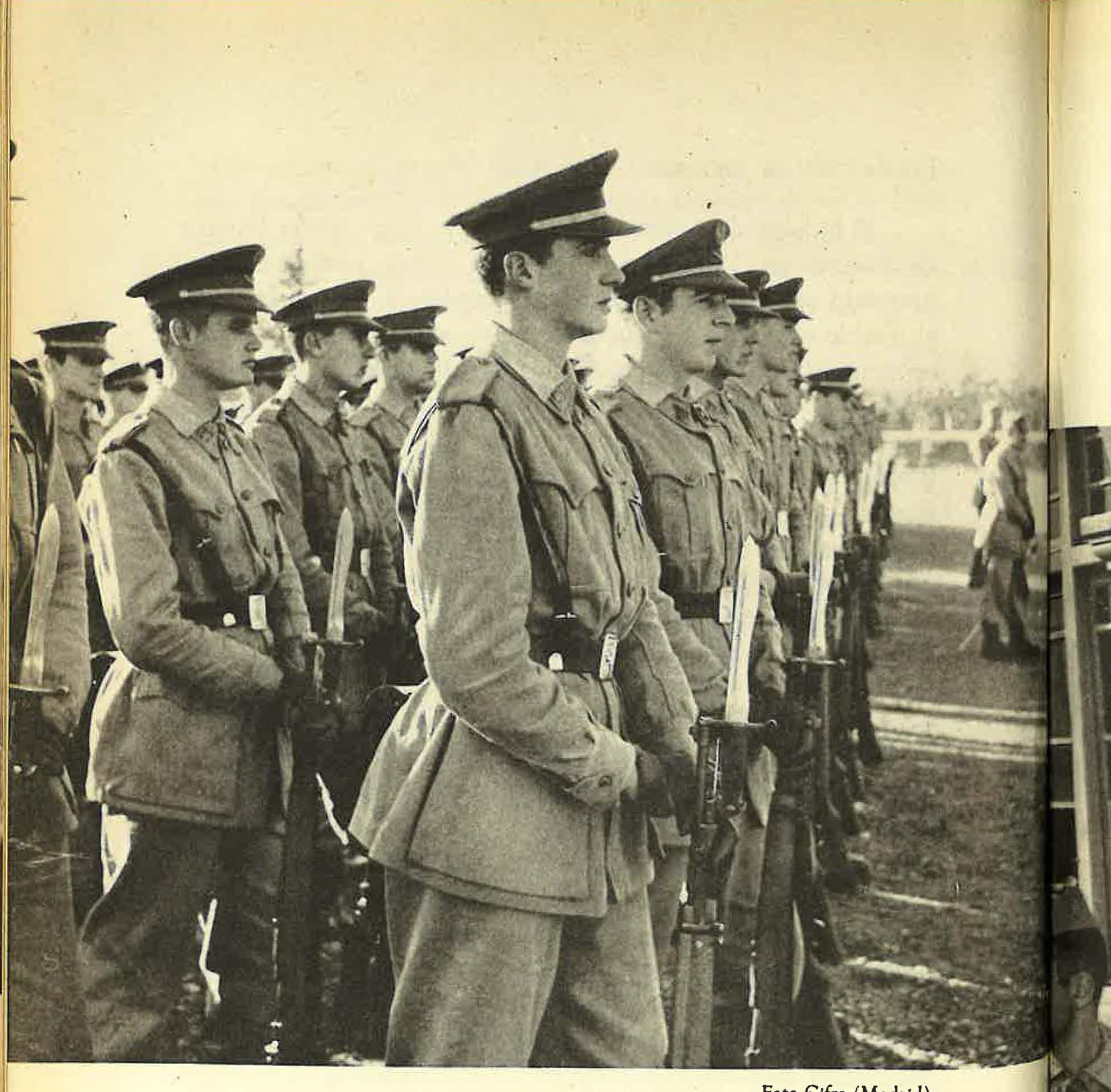


Foto Cifra (Madrid)

Academia General Militar de Zaragoza. — El Caballero Cadete Don Juan Carlos de Borbón forma en su puesto para la instrucción (1956)

Academia General Militar de Zaragoza. – Un descanso y un pitillo entre los compañeros (1955)

Foto Cifra (Madrid)



según el voto de Maeztu, del respeto que se debe a los patricios. El tono, la calidad y la intensidad de esta forma de educación, no pueden ser fácilmente descritos por nosotros con la simple enumeración de los trabajos que completan una jornada de estudios en la Academia, porque, como en toda formación que parte de un previo espíritu vocacional, la lista de disciplinas o el horario de clases y prácticas no puede dar idea de lo que constituye, más allá de la mecánica de los estudios, el alma que los vivifica y su espíritu integrador. Esta alma no está sólo en las aulas; se exterioriza en compañerismo, sacrificio y fe, en cualquiera de los rincones de la vasta ciudadela. Duchas y dormitorios, comedor o campo de deportes, parecen contener este mismo espíritu impalpable y fundamental, como un soplo de vida peculiar, total y superior, más enérgico o más pleno que los demás. Yo tuve el honor de ser acompañado en mi visita a la Academia General por su actual Director, el general Don Emilio Alamán, héroe del Alcázar, un jefe que a sus dotes de organizador añade un exquisito y casi paternal sentido del trato y del mando, y pude comprobar la realidad de este espíritu que no puede ser anotado ni descrito en memorándums ni referencias. De este espíritu quedan impregnados los caballeros cadetes, como queda prendido de él el ánimo de los que, aunque sea episódicamente, entran a compartirlo por unas horas. Y es este espíritu el que vivifica y da un sentido a la dura jornada académica de los cadetes.

Esta jornada empieza para ellos diariamente, durante los meses del riguroso invierno zaragozano, a las seis y cuarto de la mañana. Las primeras horas del día están dedicadas al estudio y a los grupos complementarios de su formación: educación física, equitación, idiomas y dibujo. A partir de las once y hasta las dos de la tarde se suceden las clases teóricas y técnicas. Hacemos gracia al lector del conjunto de disciplinas que forman

el plan de estudios en el período de conjunto. Desde la Técnica Militar hasta la Geología y la Psicología, pasando por la Historia, la Mecánica, la Geometría Analítica y Descriptiva, junto a la Trigonometría, la Meteorología y la Astronomía, la Electricidad o la Física, entre otras, la formación científica de los cadetes abarca los más completos y complejos grados del conocimiento. Desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche no gozan los caballeros cadetes más que de una hora y media escasa de descanso. Las horas de la tarde, salvo los sábados, están dedicadas a la instrucción táctica y de tiro.

Semejante riguroso plan, aplicado sobre la alta moral de los cadetes, da por resultado esta apostura serena, esa interna alegría de vivir, esa encendida fe que trasciende de la mirada, el porte y el trato de los cadetes; valores que se nos representan como una admirable atalaya moral y física del porvenir de España.

La voz común

S. A. R. el Príncipe Don Juan Carlos lleva en el interior de la Academia su vida de caballero cadete con naturalidad, con un sometimiento estricto a las normas académicas y de la disciplina, con la firmeza que es común a todos los caballeros. Sin que la presencia, ni mucho menos las intenciones del informador pudieran ser apercibidas ni sospechadas, quien esto escribe pudo acercarse con suficiente proximidad a las contingencias de una de las duras jornadas de la vida del cadete en un día de labor. El Infante, entre sus doscientos ochenta compañeros, cumplía su misión de manera que su individualización entre todos fue para nosotros verdaderamente dificultosa. No era el Infante de España, era el número sin paliativos de su

Un caballero Cadete de la Academia General Militar: Juan Carlos, Príncipe de Asturias (1955)



Foto Marín Chivite (Zaragoza)



Academia General Militar. — El Príncipe de Asturias jura la bandera (14-XII-1955)

Foto Marín Chivite (Zaragoza)

filiación académica. Podía causar incluso cierto asombro ver a un Príncipe llevar a cabo los durísimos ejercicios de la Instrucción, durante largas horas, a quienes quisieran imaginar para él un sistema preconcebido de excepciones y privilegios. Su sometimiento al plan inmutable de la Academia es absoluto, no sólo en la instrucción física, sino en la científica. ¡Aquella mesa de estudiante, baraja de textos y papeles llenos de fórmulas y anotaciones, aquella pizarra colmada de su mano con figuras geométricas y ecuaciones! Era la vida escolar de un cadete como los demás cadetes, con sus mismas dificultades, sus mismas preocupaciones, idéntica moral. Apenas si nos disuadió de la idea de estar ante uno de los caballeros cuya personalidad no conocíamos, un conjunto de fotografías familiares que vimos, en el estante de su cuarto, en las que figuraban sus padres y sus hermanos y cuyo sentido no debía diferir de todas cuantas se apoyaban en la cabecera del sueño de sus compañeros. Muchos de aquellos familiares contemplaron la Jura desde las ventanas de la Academia; los que no pudieron hacerlo estaban también allí con esta presencia afectiva y figurativa, por su imagen sobre el sueño de los cadetes, tan real como una presencia activa.

Y puesto que el Infante es uno más, uno de ellos, hora es de decir que en el interior de la Academia no hay discriminación alguna por parte de ninguno de los caballeros cadetes La formidable y fresca explosión de alegría cuando, en el comedor, se abren las compuertas del silencio, mezcla en la amplia sala mil voces que parecen, al sonar en común, todas las voces de España. Conviven, en la más franca y exaltada comunión, jóvenes de todos los lugares, de todas las procedencias, de todas las situaciones españolas. Aquella voz común hecha del conjunto de todos los acentos españoles parece que sea como la raíz de nuestro árbol metafísico; por su clamor pasa la savia

de la tierra, y todas en su conjunto parecen dar por igual la lozanía estupenda a cada una de las ramas, altas y flexibles al viento, y esa sombra acogedora de árbol patricio tendida sobre nuestro solar.

La Bandera de la Reina

Todas estas impresiones estaban vivas en la memoria de quien esto escribe, cuando Don Juan Carlos besó la bandera de España. Cuando inclinó su noble y juvenil cabeza y sus labios tocaron el lienzo cuyos valores eran los de la Patria, hubo algo que hacía trascender aquel hecho más allá de la mucha trascendencia que ya tenía en sí mismo.

Una Reina de España, la Augusta bisabuela del cadete, Doña María Cristina de Habsburgo, había bordado muchos años antes la bandera que besaron los cadetes en la Academia General de Zaragoza. Al hacer el obsequio, Doña María Cristina rendía un homenaje a aquel Centro de formación castrense que fundara por un histórico Decreto su Augusto marido, el Rey Don Alfonso XII, en Toledo y en 1882. Por esta Academia General de Toledo, cuya actividad duró diez años, pasaron 2250 alumnos. Uno de ellos fue Don Miguel Primo de Rivera, el futuro General; quien años más tarde, en 1927, ya Jefe del Gobierno, restableció por decreto, situándola en Zaragoza, la obra de la Academia General. Con una singular visión de las realidades el general Primo de Rivera designó como Director de la nueva Academia al más joven de los generales de España y de Europa, Don Francisco Franco Bahamonde. La huella dejada en la Academia General Militar de Zaragoza por su primer Director, que fue en definitiva, y de hecho, dentro de la tradición de la Academia. su auténtico Fundador, se mantiene viva



Foto-Cifra (Madrid)

Academia General Militar.—Horas de estudio (1956)

y perdurará indefinidamente en aquellos muros y en la historia militar española. La duración de esta segunda etapa de la Academia General Militar, bajo la égida de Franco, fue tan corta como fecunda en resultados. Fue disuelta al advenir la República, en julio de 1931, tres años después de su apertura. "La falta de bandera oficial—pronunció Franco en aquella ocasión, ante los 720 cadetes formados en el Patio de Armas—limita nuestra despedida." "Se deshace la máquina, pero la obra queda"—añadió.—"Nuestra obra sois vosotros..., paladines de la lealtad, la caballerosidad, la disciplina, el cumplimiento del deber y el espíritu de sacrificio por la Patria." En efecto, unos años más tarde aquellos cadetes y oficiales cursaban sus últimas prácticas en la dramática realidad de la Guerra de Liberación, sobre los campos de España.

¿Quién podía dejar de pensar en aquella bandera bordada por la Reina, arriada por los enemigos de la Patria y vuelta a enarbolar tenazmente, jubilosamente, en la más cruenta ocasión de nuestra Historia? En este florón de altas fidelidades, la inclinación del Infante de España ante la enseña de la Patria, contenía la más pura vibración de los tiempos. Se establecía una suerte de conexión oculta de la Historia según la cual ésta halla, conducida por Dios, la veta escondida que rehace en sus más altos símbolos, el sentido eterno de la Patria. Venían a nuestra memoria aquellas grandes palabras de San Gregorio a los soldados napolitanos, citadas por Juan Ginés de Sepúlveda: "La mayor alabanza de la milicia es ésta: el mostrar obediencia a la utilidad común y sujetarse a cuanto para ésta se mande."

La emoción tenía raíces más hondas, más valederas que las que puede provocar una bella escenografía, el plafón de la ceremonia, la litografía patriótica al uso. No lucía el sol. Pero el matiz de las claridades que daban a la ceremonia unas nubes viajeras, largas y veloces, sobre un gris de perla del cielo alto

aragonés, se diluía y cambiaba en toda la comba celeste, deslizándose sobre la mañana de diciembre desde las colinas que cerraban muy lejos la llanura hasta los primeros términos del largo valle del Ebro, cuya caligrafía de árboles y caminos se desparramaba en una leve niebla. Ese gris luminoso y cambiante, dotaba al aire de una especie de suavidad diáfana. Y todo lo que el acto tenía de riguroso y de formal se tornaba vivo, humano, cercano y directo. No era un mito o un símbolo. El acto de la Jura, era una realidad palpitante que vibraba y alentaba en los pliegues de la Bandera que Don Juan Carlos de Borbón acababa de besar. Era la realidad de España.



NOTA: Artículo publicado el 25 de enero de 1956 por los periódicos siguientes: «ABC» (Madrid y Sevilla), «Ya» (Madrid), «La Vanguardia» (Barcelona), «Diario de Barcelona» (íd.), «Solidaridad Nacional» (íd.), «Heraldo de Aragón» (Zaragoza), «El Noticiero» (íd.), «Amanecer» (íd.), «La Gaceta del Norte (Bilbao), «Diario Montañés» (Santander), «El Ideal Gallego» (La Coruña), «Ideal» (Granada), «Hoy» (Badajoz), «La Verdad» (Murcia), «Las Provincias» (Valencia), «Madrid» (de Madrid , «Diario de Navarra» (Pamplona), «Diario Vasco» (San Sebastián) y «Destino» (Barcelona).

IV

CARTA

DE SU ALTEZA REAL EL CONDE DE BARCELONA A SU HIJO D. JUAN CARLOS EN EL DIA DE SU JURA

"Giralda"
Estoril, 10 - XII - 55.

Queridísimo Juanito:

Quisiera que esta carta te llegara la víspera de tu Jura para que durmieras sobre las ideas que pienso escribirte y tuvieras en tu corazón la seguridad de mi presencia espiritual durante la ceremonia.

Aunque estoy seguro de que los oficiales de la Academia os habrán explicado, durante estos días, el significado del acto que vais a realizar el próximo día 15, no puedo dejar pasar esta ocasión sin hacerte resaltar el carácter eminentemente religioso

del juramento que vas a prestar, y, como buen Católico, un juramento no se puede hacer a ciegas. Ante todo se jura mantener, en todo momento, una disciplina, una abnegación y un espíritu de sacrificio hasta la muerte si fuera preciso, en defensa de la Patria y de su Bandera. Esto, en los que van a seguir la carrera de las Armas, puede parecer muy natural y, sin embargo, lleva consigo una enorme responsabilidad. Mientras se mantiene uno en las graduaciones inferiores todo parece fácil, pues con obedecer a los mandos el deber está cumplido, pero a medida que se llega a tener dicho mando la responsabilidad aumenta y hay que estar muy seguros de saber dónde está el recto sentido patriótico y dónde Dios ha puesto los límites del Poder y de la obediencia.

En tu caso la Jura tiene un aspecto de consagración de tu vida en servicio de España sea donde sea, y sobre este aspecto más profundo y menos a tu alcance en estos momentos, quiero decirte unas palabras. Desde que Dios dispone nuestro nacimiento en el seno de una familia real, cargamos con una serie de responsabilidades aparejadas a una serie de deberes y derechos. Estos últimos sólo pueden ser válidos en tanto en cuanto cumplamos escrupulosamente con los primeros. De manera que todos nuestros actos deben ser inspirados por un alto sentido del deber e imbuídos de un patriotismo a prueba de toda tentación contraria. Llevas bastante tiempo en la Academia para comprender lo fácil que es obedecer cuando gusta lo que se ha mandado y lo difícil que resulta cuando es contrario a nuestra conveniencia personal. Pues bien, cuando el cumplimiento del deber exige poner en peligro nuestras vidas o nuestras comodidades sin más presión que la de nuestras conciencias, la cosa resulta aún mucho más difícil y por esto es tan necesaria la educación y disciplina militares. Para ti, aparte de la belleza de la formación y desfile militar, ha de

ser un gran día el día 15 de diciembre, pues será la fecha en que con toda conciencia te consagres para el resto de tu vida en el servicio de España. Tengo bien presente las arengas de mi Padre con ocasión de la Jura del Príncipe de Asturias y de la mía. La primera se celebró en la Casa de Campo sobre uno de los campos de polo con tres batallones del Regimiento Inmemorial del Rey formados y en presencia del Gobierno en pleno y de millares de personas. Sus palabras, de un lacónico estilo militar, fueron, principalmente, para ensalzar la idea de la Bandera como símbolo de la Patria. Tanto más oportunamente cuanto que a las pocas horas de esta ceremonia había de salir para Africa el segundo batallón del Regimiento del Rey, que se coronó de gloria en una de las operaciones más sangrientas de aquella campaña. Oficiales supervivientes contaron después que las palabras del Rey habían enardecido a aquellos soldados, que habían de morir como héroes cumpliendo con su deber.

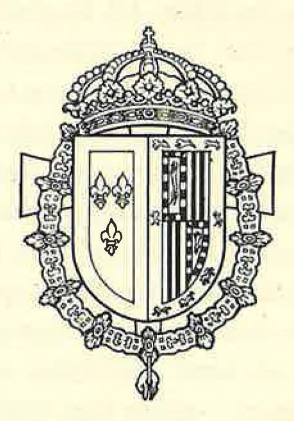
En la segunda, que fue la mía, estaba formado con todos los alumnos de la Escuela Naval de San Fernando, el 28 de Octubre de 1930, y recuerdo el escalofrío que me entró cuando, en voz clara y sonora, nos recordó el compromiso que íbamos a contraer. Lamento no tener las dotes de expresión que él tenía, pero tú me conoces y sabes que nada me detendría para cumplir con aquel juramento. Pues bien, estoy seguro que de ahora en adelante España y yo podremos contar con un verdadero soldado más en tu persona.

Ya conozco el programa de tu visita a Barcelona y veo que vas a hacer muchas cosas en poco tiempo; cuento contigo para que dejes bien al pabellón, y procura ser amable con todos e interesarte por todo lo que te enseñen. La gente juzga por pequeñísimos detalles y es preciso cuidarlos, porque aquellos a quienes nos dirigimos y que tienen su esperanza en nosotros, merecen toda nuestra atención y nuestro respeto.

El sábado pasado me herí con la navaja abriendo una caja de madera. Tuvieron que ponerme cuatro grapas entre el pulgar y el índice con la consabida incomodidad durante todos estos días.

De nuevo todo mi cariño y recuerdo para el 15, y recibe un fuertísimo abrazo de tu amante padre,

JUAN.



Escudo de Armas de S. A. R. el Conde de Barcelona

V

TELEGRAMAS

DIRIGIDOS POR SU ALTEZA REAL EL PRINCIPE D. JUAN CARLOS DE BORBON DESPUES DEL ACTO DE LA JURA

ESTORIL (Portugal)

CONDE DE BARCELONA. Villa Giralda.

Ante mi Bandera he prometido a España ser un perfecto soldado y con emoción tremenda te juro que cumpliré lo dicho. Millones de abrazos.

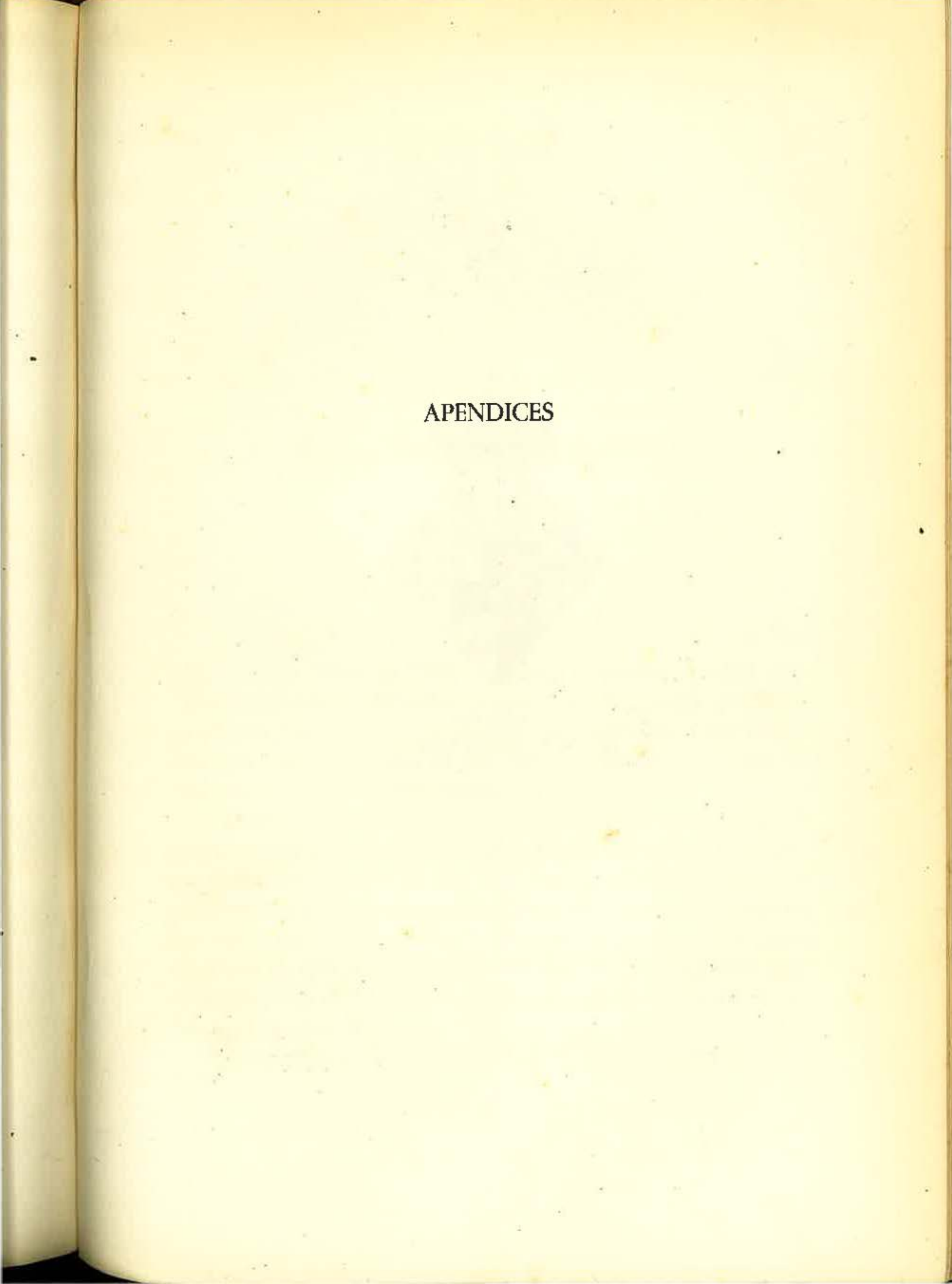
JUAN CARLOS.

EL PARDO (Madrid)

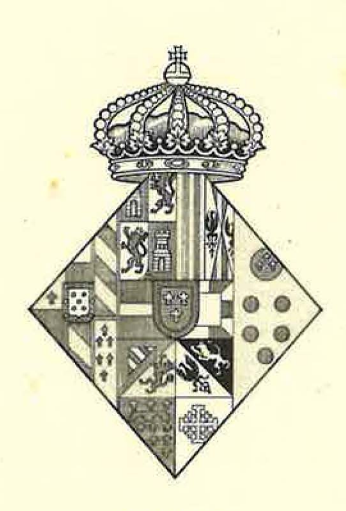
GENERALÍSIMO FRANCO, Jefe del Estado.

Al besar mi Bandera, dedico a Vuestra Excelencia un saludo muy afectuoso y con el respeto que debe un Caballero Cadete a su Generalísimo.

PRÍNCIPE JUAN CARLOS DE BORBÓN.



APENDICES



Escudo de Armas
de
S. A. R. la Condesa de Barcelona

A

ACTA DE RENUNCIA AL TRONO DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

"EL 14 de Abril de 1931 me dirigí al pueblo español, manifestando mi decisión de apartarme de España y de suspender deliberadamente el ejercicio del poder Real, sin renunciar por ello a ninguno de los derechos sagrados de que la Historia me había hecho guardador y depositario.

"Cumplí en aquella resolución un deber de patriotismo, y gracias a ella nadie podrá afirmar hoy que se ha vertido sangre española para sostener el interés de un régimen o de una dinastía, sino que la magnífica epopeya de la liberación de España, el heroísmo del Ejército y de la juventud española, viene marcado con el sello inconfundible del sacrificio por la Patria, que abría paso a la solidaridad de todos para crear su unidad, su libertad y su grandeza.

"Asegurada ya la victoria definitiva, sentí con ella impulso

de anticipar esta declaración; contuvo, sin embargo, mi ánimo, el deseo de madurarla hasta hoy que, robustecido de consejos leales e informes autorizados, me juzgo en la obligación de dirigirme de nuevo y por última vez a los españoles.

"Al reorganizarse políticamente el país, es preciso que quede expedito y franco el camino para que, en el momento que se juzgue oportuno, pueda reanudarse la tradición histórica, consubstancialmente unida a la Institución Monárquica, que durante siglos ha asegurado la unidad y la permanencia de España.

"Durante mi reinado, procuré, siempre, servir el interés de mi Patria, y espero que la posteridad hará justicia a la rectitud de mi intención y al logro de muchos de mis propósitos durante un período que cuenta entre los más prósperos de nuestra Historia. Pero aun siendo así, sería desconocer la realidad no advertir que la opinión española, la de los que han sufrido y han luchado y han vencido, anhela la constitución de una España nueva en que se enlace fecundamente el espíritu de las épocas gloriosas del pasado con el afán de dotar a nuestro pueblo de la capacidad necesaria para realizar su misión trascendental en el futuro.

"A esta exigencia fundamental de la opinión española, debe responder la persona que encarne la Institución Monárquica y que pueda ser llamada a asumir la Suprema Jerarquía del país.

"Por una parte, ha de esforzarse en que desaparezcan los últimos vestigios de las luchas civiles que dividieron a los españoles en el siglo XIX; por otra, ha de encarnar la esperanza de los que desean una España nueva, libre de los defectos y vicios del pasado, en la que un sentido eficaz y vivo del patriotismo vaya unido a una más adecuada organización de la Sociedad y del Estado y a una más equitativa participación de todos a la prosperidad general.



Los Condes de Barcelona con sus cuatro hijos (Estoril, 1953)

"No por mi voluntad, sino por ley inexorable de las circunstancias históricas podrá, tal vez, mi persona ser un obstáculo, sobre todo entre quienes convivieron conmigo y tomaron después, de buena fe seguramente, rumbos distintos. Ante algunos podría aparecer como el retorno a una política que no supo o no pudo evitar nuestra tragedia y las causas que la provocaron; para otros, podría ser motivo de remordimiento o de embarazo. Deber mío es remover esos posibles obstáculos, sacrificando toda consideración personal para servir la gran causa de España, por la que tan generosamente han ofrendado su sangre millares de españoles.

"En manera alguna pesa en mi ánimo la elección de la oportunidad o acierto de la mayor o menor resonancia de mis actuales manifestaciones; hubiera rehuido siempre alterar el espíritu público o distraer su atención de otras miras hacia mí, pues mi propósito y designio consisten en causar un solo efecto: desaparecer en sazón y tiempo para España.

"Renuevo especial llamamiento al patriotismo de todos sin distinción y en particular a los remisos al sacrificio por la unión, a los cuales me dirijo muy encarecido con mi ejemplo.

"Con este espíritu y este propósito ofrezco a mi Patria la renuncia de mis derechos, para que por Ley histórica de Sucesión a la Corona quede automáticamente designado, sin discusión posible en cuanto a la legitimidad, mi hijo el Príncipe Don Juan, que encarnará en su persona la Institución Monárquica y que será el día de mañana, cuando España lo juzgue oportuno, el Rey de todos los españoles.

Roma, 5 de febrero 1941."

B

TESTAMENTO

OTORGADO POR S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

CLAUSULA QUINTA

"Hago saber que tengo aprobada la renuncia que del derecho a sucederme en la Corona de España hizo mi hijo Don Jaime, por sí y sus descendientes, y que por virtud de tal renuncia el heredero inmediato de aquélla es mi otro hijo varón Don Juan, que por eso ha asumido el título de Príncipe de Asturias. Por tanto, encarezco a mis familiares que reconozcan en Don Juan a la autoridad, que mientras subsistió la Monarquía, pertenecía al Rey sobre sus parientes, conforme a las leyes nacionales, y a mi dicho hijo lo exhorto a que, como consecuencia de su autoridad, se considere, en el alcance de sus medios y según los dictados de su conciencia, investido del deber de ayudarlos.

"Igualmente corroboro que los derechos sucesorios eventuales a la Corona de España fueron renunciados con mi aprobación por mi hija Doña Beatriz, al otorgar la escritura de capitulaciones de su matrimonio con el Príncipe Civitella-Cesi." (*)



(*) El testamento fue otorgado en Lausanne (Suiza), el día 8 de julio de 1937, ante el notario de la misma localidad M. Henri Samuel Bergier.



El Santo Padre y el Conde de Barcelona (Roma, 1954)

C

PRAGMATICA

DE S. M. EL REY D. CARLOS III

CLAUSULAS MAS IMPORTANTES

CLÁUSULA I:

"Habiendo llegado a ser tan frecuente el abuso de contraer matrimonios desiguales los hijos de familia, sin esperar el consejo y consentimiento paternos, o de aquellos deudos o personas que se hallen en lugar de padres; ...... mando, que ellos deban para celebrar el contrato de esponsales, pedir y obtener el consejo y consentimiento de su padre, y en su defecto de la madre, y a falta de ambos, de los abuelos por ambas líneas respectivamente......"

Cláusula II:

"Esta obligación comprenderá desde las más altas clases de estado sin excepción alguna, hasta las más comunes del pueblo......"

Cláusula XI:

"Mando asimismo, que se conserve en los Infantes y Grandes la costumbre y obligación de darme cuenta, y a los Reyes mis sucesores, de los contratos matrimoniales, que intenten celebrar ellos o sus hijos e inmediatos sucesores, para obtener mi Real aprobación; y si (lo que no es creíble) omitiese alguno el cumplimiento de esta necesaria obligación, casándose sin Real permiso, así los contraventores como su descendencia, por este mero hecho queden inhábiles para gozar los Títulos, honores y bienes dimanados de la Corona; y la Cámara no les despache a los Grandes la cédula de sucesión, sin que hagan constar al tiempo de pedirla, y en caso de estar casados los nuevos poseedores, haber celebrado sus matrimonios, precedido el consentimiento paterno y el Regio, sucesivamente."

Cláusula XII:

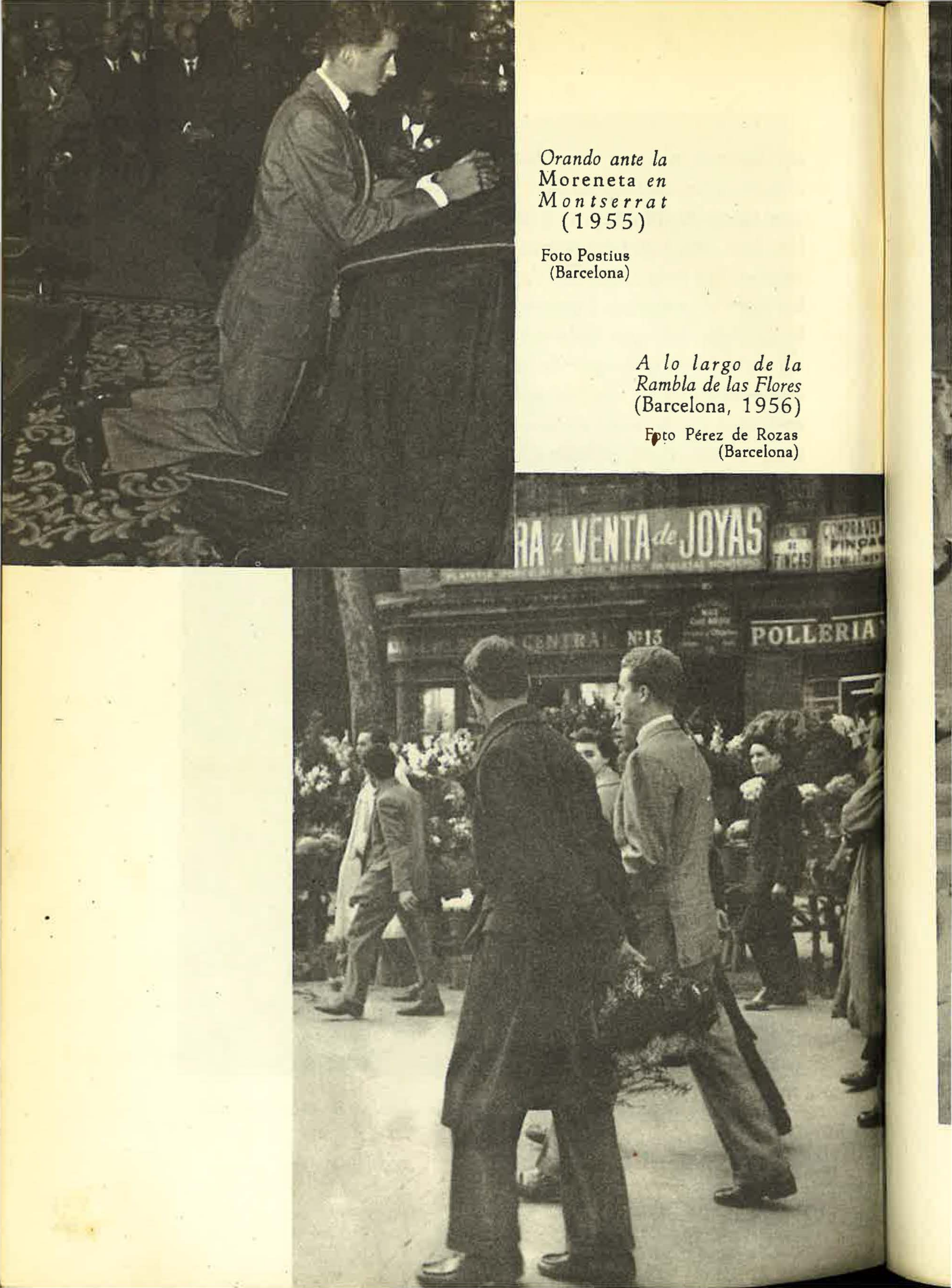
"Pero como puede acaecer algún raro caso de tan graves circunstancias, que no permitan que deje de contraerse el matrimonio, aunque sea con persona desigual, cuando esto suceda en los que están obligados a pedir mi real permiso, ha de quedar reservado a mi Real Persona y a los Reyes, mis sucesores, el poderle conceder; pero también en este caso quedará



Salta correctamente y domina el caballo que él mismo ha preparado (1954)

subsistente e invariable lo dispuesto en esta pragmática en cuanto a los efectos civiles, y en su virtud la mujer o el marido que cause la notable desigualdad, quedará privado de los Títulos, honores y prerrogativas, que le conceden las leyes de estos reinos. No sucederán los descendientes de este matrimonio en las tales dignidades, honores, vínculos o bienes dimanados de la Corona, los que deberán recaer en las personas a quienes en su defecto corresponda la sucesión; ni podrán tampoco estos descendientes de dichos matrimonios desiguales usar de los apellidos y armas de la casa, de cuya sucesión quedan privados; pero tomarán precisamente el apellido y las armas del padre o madre que haya causado la notable desigualdad; concediéndoles, que puedan suceder en los bienes libres y alimentos que deban corresponderles, lo que se prevendrá con claridad en el permiso y partida de casamiento." (*)

(*) Esta pragmática fue firmada en 23 de marzo de 1776, y publicada el 27 de igual mes y año.



Orando ante la
Moreneta *en*
Montserrat
(1955)

Foto Postius
(Barcelona)

A lo largo de la
Rambla de las Flores
(Barcelona, 1956)

Foto Pérez de Rozas
(Barcelona)

Foto Rodríguez (Toledo)



—Y todo fue posible porque Dios nos ayudó... (Toledo, 1955)

D

CARTAS
DEL INFANTE D. JAIME DE BORBON Y BATTENBERG, DUQUE DE SEGOVIA

Fontainebleau, 21 de junio de 1933.

"SEÑOR:

La determinación de mi hermano primogénito de renunciar por sí y su descendencia a sus derechos a la sucesión en la Corona, me han llevado a medir por mi parte, las obligaciones que, al recaer, de manera inmediata, en mí, el llamamiento que las leyes antiguas y la Constitución de 1876 contenían en favor de aquél, me estarían trazadas por el amor al pueblo español y por el interés de que éste, tan necesitado del restablecimiento de la Monarquía, para su paz y prosperidad, la alcance con las mayores seguridades de sucesión idónea.

Inspirado en esos sentimientos de que Vuestra Majestad nos ha dado tan altos ejemplos, he decidido, con toda madurez

y deliberación, hacer, también, como hago por el presente documento, formal y explícita renuncia por mí y por los descendientes que pudiera llegar a tener, a cuantos derechos me asistieran a la sucesión en el Trono de nuestra Patria.

Al poner en las Augustas manos de Vuestra Majestad esa renuncia, le renuevo, Señor, la expresión del respeto con que soy su amante hijo,

JAIME DE BORBÓN.

A Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII."

* * *

Lausanne, 23 de julio de 1945.

"SEÑOR:

Yo, Don Jaime de Borbón, Infante de España, en atención a los rumores difundidos por la Prensa en torno a mi persona y a la de mis hijos, y con la conciencia de que con ello presto un nuevo servicio a nuestra amada Patria, a Vuestra Majestad declaro:

Que protesto con toda mi alma contra la antipatriótica y antimonárquica maniobra de quienes propugnan absurdas soluciones, contrarias a considerar a Vuestra Majestad como único e indiscutible titular de la Corona de España, en virtud de las respectivas renuncias que en 1933 hicimos, nuestro muy amado hermano Alfonso cuando era Príncipe de Asturias, y mía,

por nosotros y nuestros descendientes, y la que en noviembre de 1940 hizo, poco antes de su santa muerte, nuestro querido y llorado padre el Rey Don Alfonso XIII.

Precisamente para evitar toda posibilidad de futuras discusiones en cuanto a la indiscutibilidad del orden sucesorio, base fundamental de la legitimidad monárquica, cuando me resolví a contraer matrimonio—con posterioridad a la renuncia que por mí y por mis descendientes había hecho a los derechos que me correspondían a la Corona de España—elegí mi esposa fuera del círculo de las Familias Reales, condición indispensable, según las seculares leyes de nuestra Patria y Casa, para que nuestros descendientes puedan intentar reivindicar derecho alguno como tales personas reales.

En la seguridad de que con esta declaración sirvo a nuestra amada España, a cuyo servicio estoy dispuesto a sacrificarlo todo, se reitera de Vuestra Majestad como leal súbdito y querido hermano, que le abraza,

JAIME DE BORBÓN
Infante de España.

A Su Majestad el Rey Don Juan III."

* * *

"Roma, 17 de junio de 1947.

A mi querido Juan:

Hoy tengo oportunidad de enviarte ésta en mano, no habiéndote escrito antes como era mi deseo, por inseguridad en los correos.

Recibí tu telegrama de contestación al mío, que te agradezco de corazón.

Comprenderás que estoy muy preocupado con lo que ahora intentan en España con la idea de desunir a la opinión monárquica, ya de por sí desorientada debido a la propaganda en contra que en estos últimos años han dirigido especialmente a la juventud, lo cual supone una grave responsabilidad que debería ser inmediatamente remediada por los mismos que la han consentido viendo cómo se desvirtuaba el verdadero espíritu del Glorioso Alzamiento Nacional, en el cual, si no nos fue dado contribuir personalmente, hemos vivido y sentido en todos sus momentos, hermanados con los que combatían por el resurgir de la Patria.

Cuanto más pienso sobre todo ello, más gravedad veo en lo que pueda ser el resultado de una injusta y parcial campaña de prensa dirigida y controlada, que, como ahora, han utilizado mi nombre, pero no han tenido en cuenta que yo, como español e hijo de Rey, no me haré eco de nada que se aparte del Testamento Sucesorio que por Legitimidad Histórica legó Nuestro Buen Padre y Rey Patriota (Q. D. H. G.).

Han alegado para ello mi primogenitura, pero no han pensado que todo es designio de Dios, que si a mí no me dotó de todas las condiciones precisas para tan elevada misión, he de agradecer a El siempre el haberme destinado a servir de ejemplo de acatamiento, toda vez que concurren en Tu persona cualidades y circunstancias tales, que hacen más providencial tu indiscutible designación, que llevará a nuestra querida España a un futuro próximo de paz y de gloria.

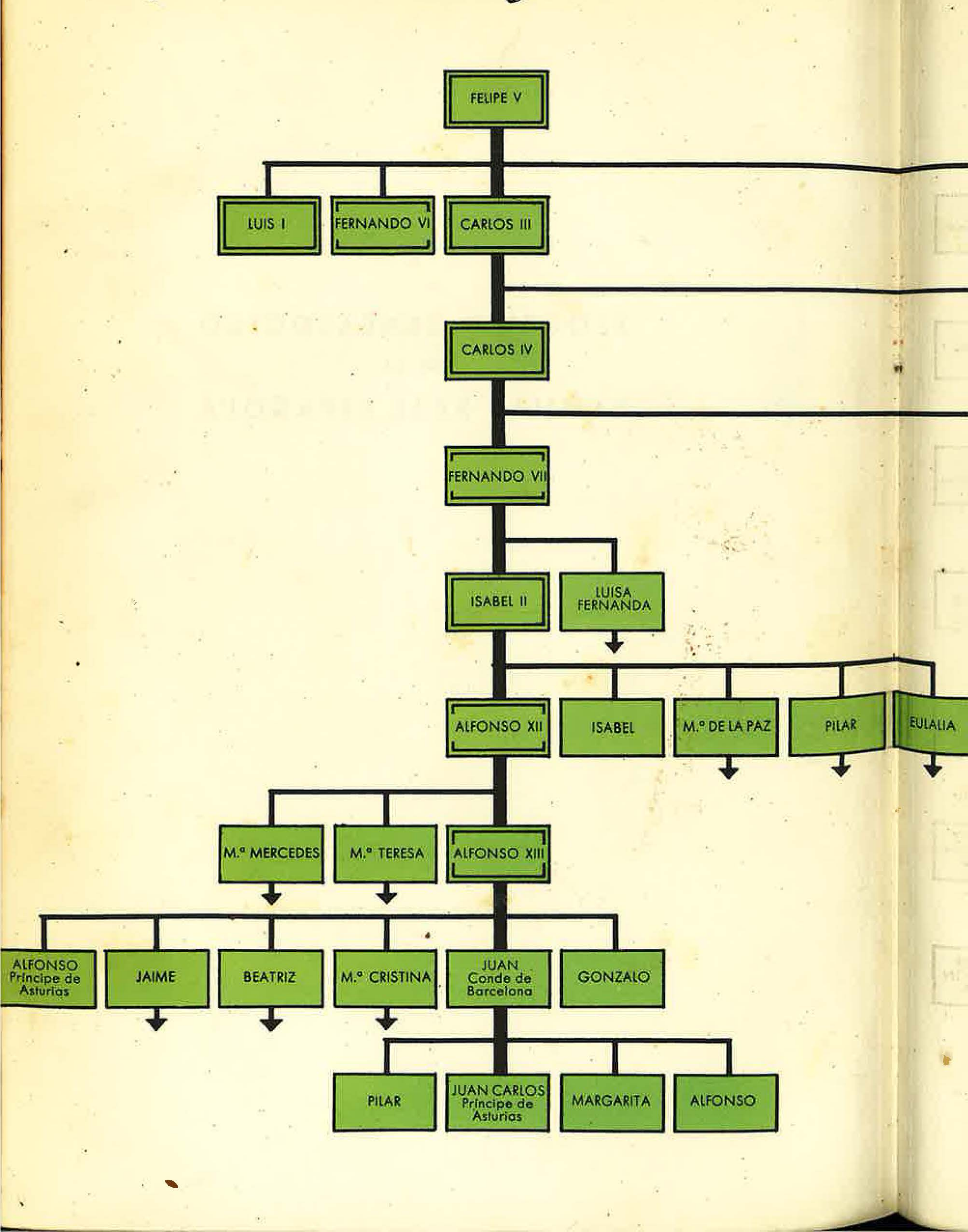
Para contribuir a lo cual sabes que contarás siempre con tu hermano que te quiere y abraza,

JAIME."

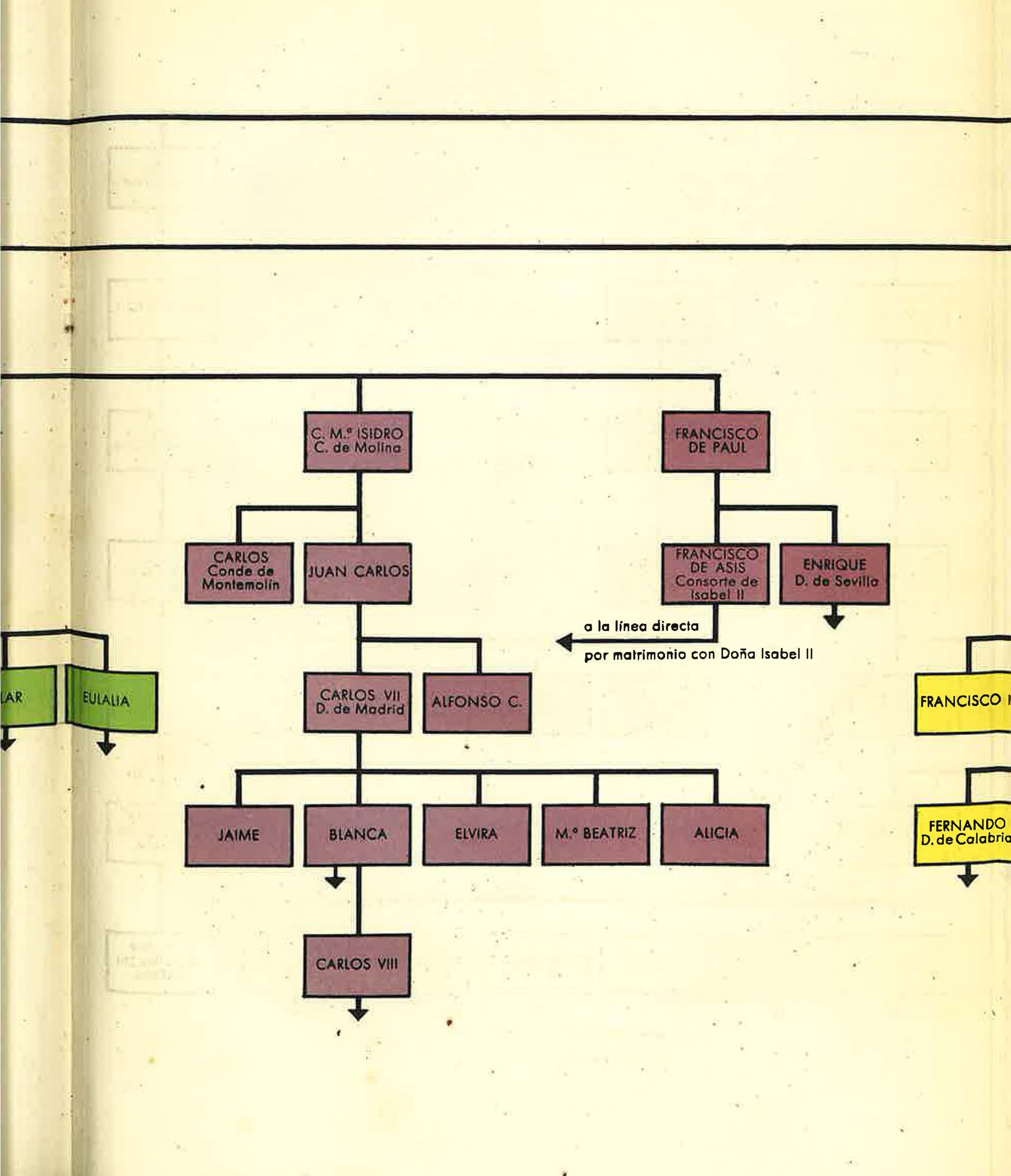
INDICE

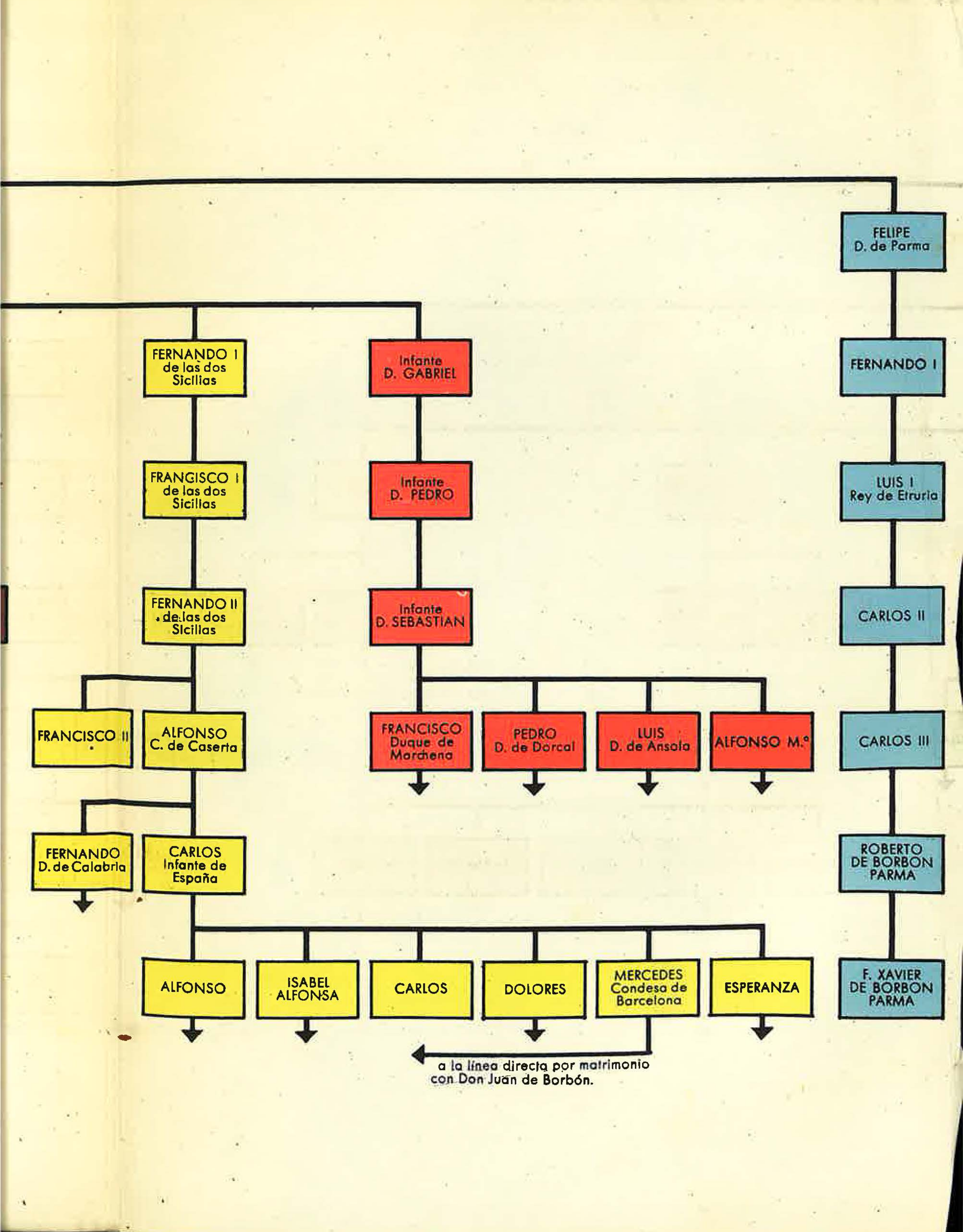
ESQUEMA GENEALOGICO
DE LA
FAMILIA REAL ESPAÑOLA

Esquema Genealógico de la Familia



...milia Real de España





FELIPE D. de Parma
FERNANDO I
LUIS I Rey de Etruria
CARLOS II
CARLOS III
ROBERTO DE BORBON PARMA
F. XAVIER DE BORBON PARMA
FERNANDO I de las dos Sicilias
FRANCISCO I de las dos Sicilias
FERNANDO II de las dos Sicilias
FRANCISCO II
ALFONSO C. de Caserta
FERNANDO D. de Calabria
CARLOS Infante de España
Infante D. GABRIEL
Infante D. PEDRO
Infante D. SEBASTIAN
FRANCISCO Duque de Marchena
PEDRO D. de Dorcal
LUIS D. de Ansola
ALFONSO M.ª
ALFONSO
ISABEL ALFONSA
CARLOS
DOLORES
MERCEDES Condesa de Barcelona
ESPERANZA
a la línea directa por matrimonio con Don Juan de Borbón.

LA PRESENTE OBRA

se acabó de imprimir

el día cinco de Enero de

mil novecientos cincuenta y siete,

víspera de la festividad de los Reyes Magos.

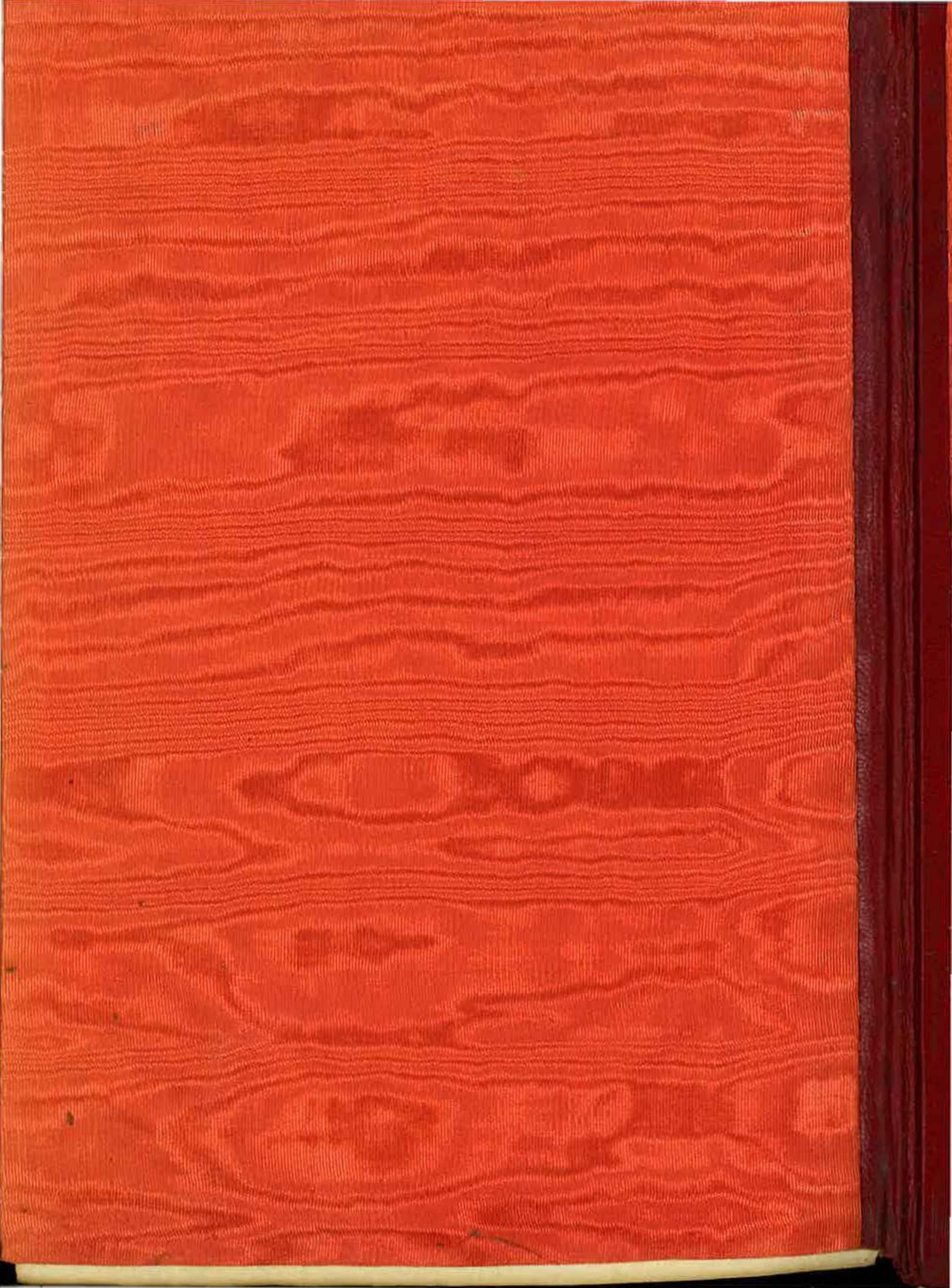
LAVS DEO

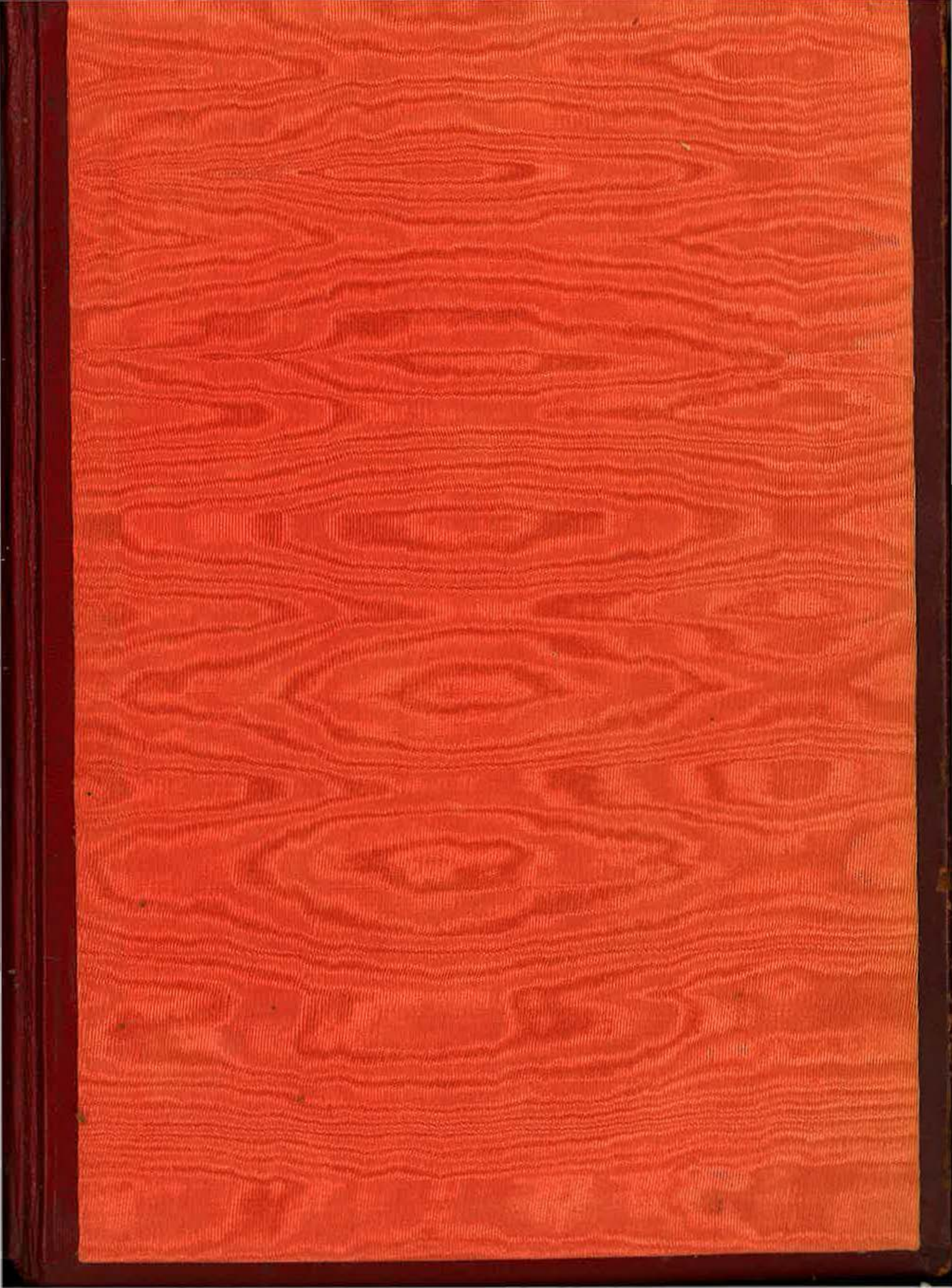
AFRODISIO AGUADO, S. A.

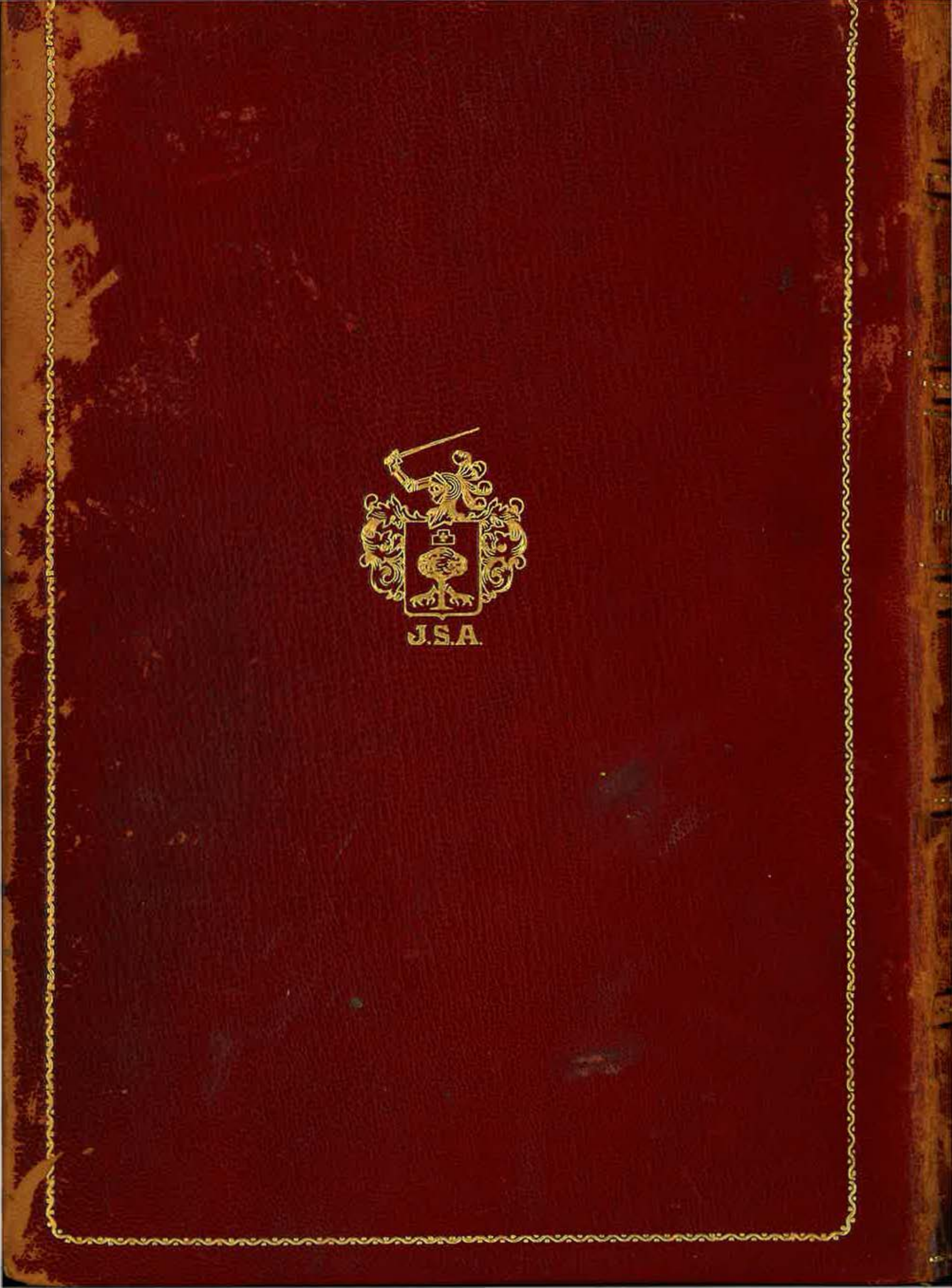
EDITORES - LIBREROS

de Madrid.

Impreso en España






J.S.A.